

LOS GRUPOS DE VIDA

**INSTRUCTIVO BÁSICO PARA
FORMADORES Y SEMINARISTAS**

***BASADO EN UNA EXPERIENCIA DE FRATERNIDAD
PROMOVIDA DESDE 1990 EN EL SEMINARIO
NACIONAL DE SAN JOSÉ, COSTA RICA***

DR. GASTON DE MÉZERVILLE

DEDICATORIA

**A mis alumnos del Seminario Nacional
Nuestra Señora de los Ángeles,
los seminaristas de ayer,
de hoy y de mañana,
quienes son los verdaderos protagonistas
de esta experiencia de fraternidad
en Grupos de Vida.**

TABLA DE CONTENIDO

- **PRESENTACIÓN.....**
- **INTRODUCCIÓN.....**
- **ANTECEDENTES SECULARES Y ECLESIALES
DE LOS GRUPOS DE VIDA.....**
- **FUNDAMENTACIÓN PARA EL ESTABLECIMIENTO
DE LOS GRUPOS DE VIDA.....**
- **OBJETIVOS ESPECÍFICOS DE LOS GRUPOS DE
VIDA.....**
- **FUNCIONES DE LOS PARTICIPANTES EN EL PROGRAMA
DE GRUPOS DE VIDA.....**
- **PASOS A SEGUIR PARA EL ESTABLECIMIENTO
DE LOS GRUPOS DE VIDA.....**
- **ELEMENTOS ESENCIALES DEL PROGRAMA DE
GRUPOS DE VIDA EN COSTA RICA.....**
- **ACTIVIDADES PRINCIPALES DE UN PROGRAMA
DE GRUPOS DE VIDA.....**
- **EVALUACIÓN DE LOS GRUPOS DE
VIDA.....**
- **CONCLUSIÓN.....**
- **ORACIÓN POR LOS GRUPOS DE
VIDA.....**
- **BIBLIOGRAFÍA.....**
- **ANEXOS.....**

PRESENTACIÓN

Con gran regocijo me apresto a presentar la obra titulada "Los Grupos de Vida: Instructivo para Formadores y Seminaristas", del Dr. Gaston de Mézerville, la cual es fruto de la experiencia que por varios años se ha realizado en nuestro Seminario Nacional de San José, Costa Rica.

Me complace decir que fue en mi tiempo como Rector cuando nacieron los "Grupos de Vida", como respuesta a una gran preocupación del Equipo de Formadores de entonces: la masificación de los seminaristas y cómo darles un acompañamiento más personalizado.

El Dr. Gaston de Mézerville había llegado desde mediados de los años ochenta al Seminario Nacional como Profesor de Psicología. A él se debe la gran idea de organizar en 1990 a los seminaristas del primer año en pequeños grupos de vida, con el fin de establecer una auténtica amistad, para ayudar a su crecimiento en las diversas áreas de la formación. Dicha experiencia, a partir del año siguiente, se extendió a todos los seminaristas.

Uno de los fines del Seminario es la formación de futuros sacerdotes que sepan vivir la comunión presbiteral. Porque el sacerdote no solo ha de presidir una comunidad; tiene que ser creador de comunidad, factor de comunión. Lo que vale, sobre todo, es la relación con sus hermanos sacerdotes. El presbítero diocesano, dentro del contexto de la vicaría y la parroquia, encuentra el espacio natural en que puede ejercer y desplegar el sentido comunitario de amistad, fraternidad y comunión sacerdotal. La escuela donde se aprende este valor intrínseco a la vida sacerdotal es el Seminario.

Esta experiencia de los "Grupos de Vida" forma parte de los criterios de formación del Seminario Nacional y ya ha trascendido los umbrales de otros Seminarios de América Latina.

Como Obispo Presidente de la Comisión Episcopal de Seminario y Vocaciones, y en nombre de la Conferencia Episcopal de Costa Rica, felicito al Dr. Gaston de Mézerville por tan feliz iniciativa, que está dando frutos abundantes en nuestros presbiterios; y pido a los Formadores que sigan apoyando esta forma de vivir la amistad y la fraternidad de nuestros seminaristas.

A todos los seminaristas les animo a aprovechar los "Grupos de Vida" para cultivar y madurar su vocación sacerdotal, según la promesa de Jesús: "Donde hay dos o más reunidos en mi Nombre, Yo estoy presente en medio de ellos" (Mateo 18,20).

Mons. José Francisco Ulloa Rojas
Obispo Diocesano de Cartago
Obispo Delegado para el Seminario
Presidente de la Conferencia Episcopal de Costa Rica

INTRODUCCIÓN

Si bien en distintos lugares se les ha llamado con nombres diversos, tales como grupos fraternos, comunidades de vida, grupos de compartir, grupos operativos o de crecimiento, etc., los grupos de vida que procuran fomentar la fraternidad entre los seminaristas, como parte de su proceso formativo, se han ido convirtiendo en una especie de proyecto común para un creciente número de seminarios latinoamericanos.

La experiencia, ya de muchas décadas en vida eclesial, de promover distintos tipos de dinámica de grupos dentro del ámbito de las agrupaciones laicales dedicadas al apostolado, ha permitido el logro no solo de una mayor eficacia en la labor apostólica de tales movimientos y comunidades, sino también la organización de una estructura básica de apoyo fraterno que fomenta el cuidado pastoral de sus miembros y una mayor perseverancia como pequeños grupos al servicio de la Iglesia.

De esta rica experiencia eclesial de las últimas décadas, que se nutre del aliento original que permitió la creación de las primeras comunidades cristianas --así como el surgimiento de distintas comunidades laicales y religiosas a lo largo de la historia--, ha surgido también la inquietud, en muchas iglesias particulares de América Latina, de ofrecer un tipo de vivencia semejante para beneficio de sus propios pastores, quienes en la actualidad están llamados a convertirse en animadores, a partir de sus mismas parroquias, de una “comunidad de comunidades” (Santo Domingo, 259, en CELAM, 1992). Sin embargo, cualquier proyecto de esta índole que intente promover esas variadas formas de fraternidad entre los presbíteros, como lo pide la propia Iglesia en documentos del Magisterio reciente, necesita iniciarse desde el mismo seminario.

Por consiguiente, en respuesta a inquietudes como estas fue que se estableció en el Seminario Central de San José, Costa Rica, desde el año de 1990, un “Programa de Grupos de Vida” que viene fomentando la fraternidad entre sus seminaristas --de los cuales una buena mayoría de ellos ya han sido ordenados sacerdotes--. Si bien este Programa, con sus propias particularidades, constituye solo una experiencia local, diferente quizás a la que caracteriza a otros seminarios en distintos países, sí representa

una vivencia consolidada de muchos años que puede servir de referencia para que formadores y seminaristas en otras latitudes la tomen en cuenta a la hora de diseñar sus propios programas; los cuales, con las debidas adaptaciones, debieran responder al propósito común de fomentar la fraternidad presbiteral desde los mismos inicios del proceso formativo. Así, la publicación de una pequeña obra como esta puede ser una respuesta concreta a lo que muchos formadores y formandos solicitan como instrumentos prácticos, de tipo pedagógico, para la creación de estructuras semejantes en otros seminarios o centros de formación sacerdotal y religiosa de América Latina.

De hecho, fue motivado por este mismo ideal de promover la fraternidad sacerdotal que este autor, como asesor general, apoyado por el Equipo de Formadores del Seminario Central, propuso un primer anteproyecto de 'grupos de vida' a finales de la década de los ochenta, el cual se ha visto enriquecido y consolidado desde entonces a través de una experiencia de más de doce años. En ese anteproyecto inicial, por lo tanto, se tomó como antecedente teórico la propuesta española de construir una pedagogía sobre la fraternidad y la amistad en los seminarios, fundamentada en las palabras que el director del Secretariado de la Comisión Episcopal de Seminarios, en España, había declarado a comienzos de la década de los años ochenta, al afirmar que "...en la educación sacerdotal se tenía prevista la pedagogía para la soledad quizá más que para la amistad..." (Martín Abad, 1980, pp. 44-46).

Debido a esta necesidad específica, entonces, fue que un selecto grupo de rectores y formadores de seminarios españoles, en estrecha colaboración con educadores, pedagogos y teólogos, se comprometieron en una intensa labor, coordinada por el Equipo del Instituto Vocacional Maestro Ávila, para producir un proceso pedagógico en el área de la formación para la fraternidad sacerdotal. Al presentar este trabajo en el Congreso de Espiritualidad Sacerdotal, celebrado en Madrid, en septiembre de 1989, este Equipo se refiere a la madurez en la fraternidad sacerdotal como "esa asignatura pendiente en la vida y en la formación de los sacerdotes", que requiere ser enseñada desde el inicio de la experiencia en el seminario. Ante este vacío, se señala el propósito de su proceso pedagógico en los siguientes términos: "Nos centramos en la formación de los seminaristas como una ayuda para inculcar la mística de la fraternidad apostólica ya desde el seminario..., (pretendiendo) educar a los seminaristas en la

comprensión y vivencia de la fraternidad, para que les resulte más fácil comprometerse en ella desde el momento mismo de su incorporación al presbiterio diocesano por la ordenación" (Instituto Vocacional Maestro Ávila, 1989, p. 411).

Para lograr tal propósito, como parte de este proyecto se realiza un análisis teológico y existencial de esa realidad compleja que constituye la fraternidad sacerdotal, llegándose finalmente a definirla en sus componentes fundamentales a saber: "La actitud dialogal, la solidaridad en las relaciones con los demás, la corresponsabilidad, la colaboración, la comunicación, la vivencia y expresión compartida de la fe, (y) la capacidad para el trabajo pastoral común" (I.V.M.A., 1989, p. 432).

Este proceso pedagógico, que se presenta en las palabras de sus mismos autores como "uno entre otros muchos posibles, sin pretensiones de ser el mejor, ni menos el único", constituye, sin embargo, una expresión clara y concreta de la necesidad que tiene la Iglesia, no sólo en España sino probablemente en el mundo entero, de formar específicamente a los seminaristas en el área de la fraternidad sacerdotal. Y es que la visión básica de este tipo de formación para la fraternidad entre los sacerdotes, no constituye en sí misma una idea tan novedosa o reciente en la Iglesia contemporánea. Ya desde hace casi tres décadas el padre José María de Lachaga, en su obra "Sistemas de Educación en los Seminarios", contrapone lo que él llama el "Seminario Tradicional", con su énfasis en una formación individualista de los futuros sacerdotes, al denominado "Seminario de Tipo Pastoral", caracterizado por un enfoque comunitario en el que se presta una especial atención a la formación para la vivencia de las relaciones fraternas (de Lachaga, 1964).

Estos diferentes enfoques comunitarios, anteriormente expuestos, reflejan claramente la necesidad sentida en la vida de la Iglesia en cuanto a la formación para la fraternidad sacerdotal, la cual brota de la médula misma del sentido de misterio, comunión y misión del sacerdocio ministerial, tema sobre el que se viene reflexionando ampliamente en los últimos años (cf. P.D.V.). Quizás es por esta razón que, paralelamente al desarrollo del mencionado proceso pedagógico en España, e incluso sin conocerlo al realizar nuestras primeras reflexiones sobre esta temática, llegamos a comprender la necesidad de proponer en Costa Rica una metodología consistente en el

establecimiento de "Grupos de Vida", que posibilitara el logro de una vivencia más plena de la fraternidad sacerdotal en nuestro medio latinoamericano. De esta manera, se dio inicio al Programa de Grupos de Vida, cuya fundamentación, metodología y práctica se describen a continuación, y el cual viene siendo probado desde comienzos de la década de los años noventa dentro del contexto del Seminario Nacional de San José, Costa Rica, constituyéndose en una opción concreta para llenar, aunque fuera en parte, el vacío de esa "asignatura pendiente" en la formación sacerdotal, que haga realidad la práctica de la fraternidad presbiteral a partir de la vivencia del seminario.

Debido a esto, y antes de considerar el planteamiento de un programa específico de Grupos de Vida, se hace necesario remitirse a los antecedentes de tipo secular y eclesial, ocurridos en este siglo, que han influido de diversas maneras en la concepción y la práctica de la dinámica grupal que los caracteriza. Ahora bien, estos antecedentes inmediatos corresponden sobre todo al desarrollo de la teoría sobre dinámica de grupos y a la evolución en los aspectos metodológicos u orientaciones específicas que tales grupos han venido adoptando en las últimas décadas. Sin embargo, el verdadero origen de los Grupos de Vida, al igual que la vivencia milenaria de las pequeñas comunidades cristianas, no está determinado por condicionamientos psico-sociológicos propios de una determinada época o situación. Desde una perspectiva sobrenatural, solo en Dios se encuentra la causa primera que convoca a un pueblo para que se congregate, en su Hijo Jesucristo y por el poder del Espíritu Santo, como asamblea de fieles que comparten una vivencia eclesial. Por lo tanto, esta experiencia comunitaria de personas que se reúnen en pequeños grupos para compartir sus vidas se basa en principios bíblicos fundamentales, los cuales se han venido poniendo en práctica, en toda una variedad de expresiones, a lo largo de la historia del cristianismo.

ANTECEDENTES SECULARES Y ECLESIALES DE LOS GRUPOS DE VIDA

El Padre Leonidas Ortiz Lozada, al referirse al origen de la dinámica que se establece en lo que hoy se conoce, dentro de la tradición rogeriana como "grupos de encuentro", manifiesta que "...el hombre que, por naturaleza es un ser social, se ha preocupado desde tiempos remotos por asociarse para lograr un objetivo determinado... Sin embargo, la 'dinámica de grupos', como tal, surgió a finales de los años treinta en los Estados Unidos..." (Ortiz Lozada, en CELAM, 1993, p.143).

El surgimiento y amplia difusión a nivel mundial de este tipo de experiencias grupales que procuran, como fin primordial, el crecimiento personal y las relaciones humanas, parece ser un fenómeno sin precedentes característico del siglo veinte. El eminente psicólogo norteamericano Carl Rogers, en su libro "Grupos de Encuentro" (1973), al referirse a este fenómeno grupal manifiesta que, en la historia humana, es evidente que siempre hubo grupos y que siempre los habrá; pero que aplicando la palabra 'grupo' en un sentido especial, para aludir a una experiencia grupal planeada e intensiva, "...ésta es la invención 'social' del siglo que se difunde con mayor rapidez y, quizás, la más importante..." (pág. 9).

En el ámbito de la promoción de experiencias psicológicas de superación personal, el fenómeno que Rogers designa con el nombre de "grupos de encuentro" surgió en los Estados Unidos a partir de las décadas de los años treinta y cuarenta, apoyándose a nivel conceptual en el pensamiento de ciertos psicólogos de renombre, particularmente de Kurt Lewin y del mismo Carl Rogers.

A Kurt Lewin se le atribuye la popularización del concepto "dinámica de grupos", tan conocido en la actualidad, y el haber enriquecido con sus investigaciones la teoría sobre las relaciones grupales. Asimismo, al fundar en 1944 el "Centro de Investigación de Dinámica de Grupos", adscrito al Instituto Tecnológico de Massachusetts (MIT), instituyó la primera organización en el mundo dedicada exclusivamente a investigar todos los aspectos relacionados con la dinámica grupal en las relaciones humanas (cf. Ortiz Lozada, en CELAM, 1993, p.144).

Por otra parte, Carl Rogers, el autor del sistema de terapia "centrada en el cliente", consideró, junto con sus colegas del Centro de Asesoramiento Psicológico de la Universidad de Chicago, y aproximadamente por la misma época, que ninguna formación de tipo cognitivo bastaría para promover mejores relaciones humanas, si no se ligaba el aprendizaje cognitivo con el fruto de las experiencias personales, en un proceso que tuviese valor terapéutico para el individuo. De esta manera, según lo afirma el mismo Rogers, "...los grupos de Chicago se orientaron sobre todo hacia el desarrollo personal y el aumento y mejoramiento de la comunicación y las relaciones interpersonales, en vez de considerar que éstas eran finalidades secundarias". A lo que Rogers agrega su reconocimiento de que "...las bases conceptuales de todo este movimiento fueron, al principio, el pensamiento lewiniano y la psicología de la guesalt, por un lado, y la 'terapia centrada en el cliente', por otro" (Rogers, 1973, pp.11-12).

Para definir operacionalmente los grupos de encuentro, sea que estos se autodenominen como tales, o como "grupos T", grupos de sensibilización, de superación personal, de desarrollo organizacional, grupos gestalt, etc., puede establecerse que, casi sin excepción, los grupos son pequeños en su membresía, carecen hasta cierto punto de estructuras rígidas, y eligen autónomamente sus propias metas y propósitos, apoyándose a menudo, aunque no siempre, en algún tipo de insumos programáticos o referentes teóricos que se ofrecen como materiales de orientación al grupo.

Estos antecedentes seculares, sin embargo, no bastan para explicar el surgimiento y el desarrollo, ocurrido durante el siglo veinte, de las agrupaciones laicales dentro de un contexto eclesial. Aunque los grupos eclesiales sin duda se han beneficiado con los aportes psicosociológicos de las ciencias humanas, su existencia no se deriva exclusivamente de tales aportes. Su verdadera fundamentación se encuentra, más bien, en el llamado milenarismo de Dios a edificar un pueblo que comparta una experiencia auténticamente comunitaria, basada en principios bíblicos y eclesiales, que en cada época se van expresando de formas diferentes, según el contexto en que este pueblo de Dios deba manifestarse.

En el ámbito religioso y específicamente dentro de la Iglesia Católica, la dinámica seguida por todas aquellas personas que han optado por agruparse con fines apostólicos y de crecimiento personal o comunitario, ha evolucionado grandemente a lo largo del siglo veinte. Esto lo atestigua enfáticamente el Padre Francisco Jálics en un libro publicado en los años ochenta, cuando afirma que "...en los últimos cincuenta años los movimientos católicos pasaron por una evolución notable respecto a su dinámica para asumir su propia conducta" (Jálics, 1984, p.171). Sin embargo, tal y como lo señalara Carl Rogers refiriéndose a los distintos tipos de "grupos de encuentro" en los Estados Unidos y a nivel mundial, esta evolución no ha correspondido tampoco a ningún plan previamente trazado por las jerarquías institucionales --en este caso, la jerarquía eclesiástica--, aunque la jerarquía católica siempre haya participado de maneras más o menos indirectas.

En este sentido, también es conveniente manifestar que, según el criterio del Padre Leonidas Ortiz Lozada (en CELAM, 1993, p.143), se ha asociado popularmente y de manera muy amplia el concepto de "dinámica de grupos" para designar a este fenómeno evolutivo de las agrupaciones eclesiales, el cual se viene desarrollando en todo el mundo durante los últimos setenta años del siglo veinte.

Con el fin de definir las etapas asociadas con este desarrollo conviene destacar que, siguiendo una perspectiva de periodización histórica, esta evolución se inicia con un período de grupos apostólicos de corte rígidamente clerical, a eso de los años treinta, pasándose luego a un segundo período caracterizado por una mayor autonomía en las agrupaciones laicales, a partir de los años cincuenta. Hacia los años sesenta, y bajo la influencia del Concilio Vaticano II, se da un tercer período de diversificación de las agrupaciones laicales, el cual se consolida, a partir de los años setenta, durante un cuarto período en el que se le imprime un fuerte impulso a la formación de estructuras comunitarias.

Refiriéndose, hace ya más de una década, a la consolidación de este fenómeno eclesial contemporáneo, el Padre Francisco Jálics manifiesta que "...hoy estos movimientos y comunidades cristianas no son todavía ese frondoso árbol en el que anidan las aves del cielo, pero su sombra comienza a destacarse con gran fuerza e

identidad propia en la vida de la Iglesia. La existencia de pequeñas comunidades cristianas, como las Comunidades Populares, de Base, Neocatecumenales, etc., son hoy en la Iglesia una realidad esperanzadora y llena de promesas, marcadas por un fuerte sentido eclesial, comunitario y ecuménico, con una importante prevalencia de los laicos" (Járics, 1984, p.173).

Finalmente, como parte de este proceso evolutivo de las agrupaciones laicales a lo largo del siglo veinte, hacia comienzos de los años noventa surgen ciertos elementos innovadores que pueden constituir el inicio de un nuevo período en la dinámica de participación eclesial. Consideremos algunos de ellos:

1. El establecimiento de lazos de unión y colaboración efectiva entre líderes de las distintas agrupaciones laicales, y la consolidación de criterios comunes de dinámica grupal, que brindan un denominador común de unidad, en medio de la diversidad, entre las agrupaciones laicales, sean éstas de índole parroquial o supraparroquial.

2. La conciencia cada vez mayor sobre la necesidad de capacitación, no solamente de tipo teórica o programática sino vivencial, del clero y de los religiosos o religiosas, así como de los seminaristas y novicios en formación, sobre las formas más sanas y efectivas de establecer estructuras grupales de apoyo fraterno, como un elemento esencial para la consolidación de una auténtica fraternidad sacerdotal y religiosa.

Tras la búsqueda del primero de estos elementos, y a instancias de la Comisión Nacional de Laicos de Costa Rica, un grupo de representantes de distintas agrupaciones mayoritarias a nivel nacional, tales como las comunidades de alianza, carismáticas y neocatecumenales, y de movimientos tales como Cursillos, Movimiento Familiar Cristiano, Focolares, Encuentros de Promoción Juvenil o Jornadas de Vida Cristiana, etc., empiezan a reunirse en 1993 para compartir elementos comunes de su vivencia comunitaria dentro del contexto eclesial. En estas reuniones se consolidan los acercamientos previos ya existentes entre los líderes de los diversos grupos, y se redacta un documento titulado "Agrupaciones laicales y nueva evangelización" (de Mézerville, Vargas, et al., 1993), suscrito finalmente por los representantes de una veintena de las

distintas agrupaciones allí representadas, destacándose claramente los siguientes "puntos de convergencia" que pueden ser la base para una dinámica grupal común en la formación de pequeñas comunidades:

1. Apertura al amor de Dios y reconocimiento sincero del pecado personal y social.
2. Conversión personal a Cristo como fruto de la proclamación directa del kerygma.
3. Necesidad de una transformación personal y grupal mediante la apertura al poder de la Palabra revelada por Dios.
4. Práctica compartida de las diversas expresiones de la vida de la gracia y de su celebración sacramental.
5. Expresión concreta de un sincero amor a la Iglesia e inserción plena en la vida eclesial.
6. Vivencia genuinamente comunitaria del amor fraterno en el contexto de grupos pequeños de vida compartida.
7. Formación de líderes maduros que guíen una conveniente y efectiva dinámica grupal.
8. Enseñanza práctica sobre la vocación al servicio cristiano.
9. Aceptación entusiasta e implementación concreta del llamado a la evangelización.
10. Esfuerzo prioritario dedicado al crecimiento de los miembros de los grupos hacia la plena madurez en Cristo.

La constatación realizada por los representantes de todas estas agrupaciones laicales costarricenses con relación a sus puntos de convergencia, ya había sido sugerida de una manera mucho más amplia por el Papa Juan Pablo II al afirmar en su Exhortación Apostólica "Christifideles Laici" que "...estas asociaciones de laicos se presentan a menudo muy diferenciadas unas de otras en diversos aspectos, como en su configuración externa, en los caminos y métodos educativos y en los campos operativos. Sin embargo, se puede encontrar una amplia y profunda convergencia en la finalidad que las anima: la de participar responsablemente en la misión que tiene la Iglesia de llevar a todos el Evangelio de Cristo como manantial de esperanza para el hombre y de renovación para la sociedad" (C.L., 29).

A raíz de la realización de la IV Conferencia General del Episcopado Latinoamericano en Santo Domingo (1992), se escuchó en todos los países de Latinoamérica el llamado de sus obispos a "...multiplicar las pequeñas comunidades, los grupos y movimientos eclesiales y las comunidades eclesiales de base" (Santo Domingo, 259, en CELAM, 1992). Esta aceptación clara y explícita del papel primordial que desempeñan los pequeños grupos de corte comunitario en el proyecto de "Nueva Evangelización", representa una aprobación oficial del Episcopado Latinoamericano a la dinámica de grupos que vienen experimentando una gran cantidad de laicos, desde hace ya varias décadas, en la historia reciente de la Iglesia. Más aún, la promoción de grupos de vida fraterna en los seminarios y noviciados, así como entre sacerdotes, religiosos y religiosas, constituye un desafío improporrogable para responder, de manera concreta y efectiva, a este llamado episcopal.

En conclusión, y después de haber realizado este breve recorrido describiendo la evolución histórica de los "grupos de encuentro" seculares, así como de las agrupaciones laicales a nivel eclesial, es posible y altamente beneficioso nutrirse de toda esta riqueza para el planteamiento de los "Grupos de Vida" que aquí se presentan. Porque es de la experiencia milenaria de la Iglesia a nivel comunitario, así como de toda esta experiencia grupal reciente de muchas décadas, vivida aún más a nivel laical --y quizás incluso secular-- que a nivel clerical, de la que surge la inspiración y la dinámica propuesta para el establecimiento de grupos de vida en los seminarios y noviciados, que eventualmente puedan llegar a convertirse en auténticos grupos fraternales de vida sacerdotal o de vida consagrada.

FUNDAMENTACIÓN PARA EL ESTABLECIMIENTO DE LOS GRUPOS DE VIDA

En las "Normas Básicas para la Formación Sacerdotal en Costa Rica" (1989), se establece claramente que "la atmósfera de la vida seminarística, debe estar permeada por verdaderas relaciones humanas, capaces de estimular iniciativas y relaciones interpersonales. La formación para las relaciones humanas que permita a los alumnos el pleno desarrollo de su personalidad, ocupará un lugar especial en el proceso formativo del Seminario" (Normas Básicas, 50).

De esta manera se pretende fomentar, en el Seminario Central de San José, Costa Rica, lo que enseña el Concilio Vaticano II, en su Decreto sobre la Formación Sacerdotal (1965): "En general, cultívense en los alumnos las cualidades convenientes, sobre todo las que se refieren al trato con los hombres, como son la capacidad de escuchar a otros y de abrir el alma con espíritu de caridad ante las variadas circunstancias de las relaciones humanas" (Optatam Totius, 43). También el Decreto sobre el Ministerio y Vida de los Presbíteros (1965) señala esta necesidad al establecer que "...para que los presbíteros encuentren mutua ayuda en el cultivo de su vida espiritual e intelectual, para que puedan cooperar mejor en el ministerio y se libren de los peligros que quizás puedan surgir de la soledad, foméntese alguna especie de vida común entre ellos o algún modo de asociación que puede tomar formas variadas..." (Presbyterorum Ordinis, 8). A este respecto, el mismo Juan Pablo II en su exhortación apostólica "Pastores Dabo Vobis" (1992) insiste en que "...incluso desde un punto de vista humano, el Seminario Mayor debe tratar de ser una comunidad estructurada por una profunda amistad y caridad, de modo que pueda ser considerada una verdadera familia que vive en la alegría" (Pastores Dabo Vobis, 60). Aún más, en el "Directorio para el Ministerio y la Vida de los Presbíteros" (1994), la Congregación para el Clero reafirma el papel fundamental que desempeña la amistad sacerdotal en la vida de los presbíteros, al señalar que "...la capacidad de cultivar y vivir maduras y profundas amistades sacerdotales se revela fuente de serenidad y de alegría en el ejercicio del ministerio; las amistades verdaderas son ayuda decisiva en las dificultades y, a la vez, ayuda preciosa para incrementar la caridad pastoral, que el presbítero debe ejercitar de modo particular con aquellos hermanos en el sacerdocio, que se

encuentren necesitados de comprensión, ayuda y apoyo" (Directorio, 28).

En las "Orientaciones para la Educación en el Celibato Sacerdotal" (1974), se propone esto mismo con las siguientes palabras: "Otra orientación de la que depende la buena marcha de la comunidad juvenil del seminario la proporcionan las relaciones interpersonales que deben distinguirse por una confianza familiar y una amistad fraterna... El seminario debe ser una escuela de amistad; debe fomentar la fraternidad a nivel incluso humano; debe tener confianza en ella, y no perturbarla con insinuaciones injustas y de mal gusto. Una verdadera educación para el celibato debe estar enraizada profundamente en la fraternidad" (Orientaciones, 598).

En este mismo documento se presentan, por tanto, "algunas sugerencias que puedan ayudar a crear en el seminario una atmósfera altamente educativa, como efecto de un sabio establecimiento de relaciones interpersonales, de una vida espiritual intensa y de una ardiente caridad eclesial, así como también de un conveniente contacto con el mundo exterior y de un adecuado uso de los medios de comunicación social" (Orientaciones, 595).

Esta integralidad de aspectos que contribuyen a un proceso equilibrado para la formación de novicios o seminaristas, ha sido reformulado por el Padre John Carroll Futrell, sacerdote jesuita., en términos de seis elementos complementarios e indispensables, a los que denomina como el "Modelo del PSAAAC", a saber: Físico (Physical), Espiritual (Spiritual), Apostólico, Académico, Afectivo y Comunitario (Ver Cuadro de Áreas). Este último elemento lo define como "el aprendizaje para vivir juntos en comprensión, apoyo y amor mutuo, constituyendo el contexto de toda la formación y de todos los otros elementos involucrados en este proceso formativo" (en Human Development, 1981, Vol. II, p. 139).

Diagramar aquí el "Cuadro de áreas prioritarias de formación en movimientos eclesiales y seminarios"

Tomarlo del libro *Madurez sacerdotal y religiosa: Un enfoque integrado entre Psicología y Magisterio* (Dr. Gaston de Mézerville) Ediciones CELAM. Colección Autores No. 24. Tomo I. Capítulo 4. Página 107.

A este mismo respecto, al considerar el Papa Juan Pablo II en su Exhortación Apostólica Postsinodal "Vita Consecrata" el proceso formativo para religiosos y religiosas, también afirma que "...para que sea total, la formación debe abarcar todos los ámbitos de la vida cristiana y de la vida consagrada. Se ha de prever, por tanto, una preparación humana, cultural, espiritual y pastoral, poniendo sumo cuidado en facilitar la integración armónica de los diferentes aspectos. A la formación inicial, entendida como un proceso evolutivo que pasa por los diversos grados de la maduración personal - desde el psicológico y espiritual al teológico y pastoral--, se debe reservar un amplio espacio de tiempo. En el caso de las vocaciones al presbiterado, viene a coincidir y a armonizarse con un programa específico de estudios, como parte de un itinerario formativo más extenso" (V.C., 65). Y, refiriéndose específicamente a la formación en el área comunitaria, Juan Pablo II señala que "...puesto que la formación debe ser también comunitaria, su lugar privilegiado, para los Institutos de vida religiosa y las Sociedades de vida apostólica, es la comunidad. En ella se realiza la iniciación en la fatiga y en el gozo de la convivencia. En la fraternidad cada uno aprende a vivir con quien Dios ha puesto a su lado, aceptando tanto sus cualidades positivas como sus diversidades y sus límites. Aprende especialmente a compartir los dones recibidos para la edificación de todos, puesto que 'a cada cual se le otorga la manifestación del Espíritu para provecho común' (1 Col. 12, 7) " (V.C., 67).

Ahora bien, esta meta de convertir a los seminarios y noviciados en una "escuela de amistad", requiere de un ambiente organizado con sabiduría y prudencia, que posibilite la formación de los seminaristas o los novicios para el establecimiento de relaciones interpersonales satisfactorias y maduras. En las "Normas Básicas para la Formación Sacerdotal en Costa Rica" se prevé que para favorecer este tipo de formación personal, "...es aconsejable en determinadas situaciones cierta organización en grupos, que respete sin embargo, la unidad del Seminario. Así se podrán ejercitar más fácilmente las relaciones de solidaridad..." (Normas Básicas, 51; y Orientaciones, 602-603).

Todo lo anterior conduce a la afirmación explícita que se hace en el Documento de Orientaciones, antes citado, de que "...los grupos pueden organizarse de acuerdo con las necesidades reales de cada diócesis y, por consiguiente, de los futuros campos del ministerio, adquiriendo así una funcionalidad dinámica y pastoral... Todo esto dará

riqueza y vitalidad a la formación" (Orientaciones, 604). Por lo tanto, resulta evidente que la preparación del seminarista para entrar en el presbiterio requiere que "...el seminario mismo sea una comunidad que prepare para el espíritu y el trabajo común de un cuerpo pastoral único y diverso..." (Orientaciones, 605).

Finalmente, en el mismo Documento sobre "Orientaciones para la Educación en el Celibato Sacerdotal" se insiste en que el sacerdote debe ser "capaz de verdaderas y hondas amistades, singularmente útiles para su expansión afectiva, cuando éstas se cultivan en la fraternidad sacerdotal" (Orientaciones, 462). Para ésto, se necesita ofrecer un ambiente propicio que sea terreno fértil para el surgimiento de tales amistades.

Con el fin de implementar todo lo anterior, se requiere que estas orientaciones, propuestas en los últimos cuarenta años en varios de los principales documentos eclesiales sobre la formación sacerdotal, puedan aplicarse a situaciones concretas, que aporten a los seminaristas una experiencia práctica, dirigida por personas idóneas dentro del seminario, en áreas tales como las siguientes: La dinámica de grupos, el desempeño de roles de liderazgo, la contribución de ejemplos adecuados en las áreas de fortaleza individual por parte de los miembros del grupo, la transparencia en el compartir y el apoyo oportuno en momentos de dificultad, el diálogo habitual y el consejo fraterno en áreas de crecimiento básico, el establecimiento de patrones maduros de compañerismo y amistad, etc... Todo lo anterior hará posible el ir estrechando relaciones a lo largo del tiempo, hasta constituirse algunas de ellas en amistades maduras que enriquecerán la vida sacerdotal futura de los actuales seminaristas.

Si bien es cierto que los padres formadores en los seminarios y noviciados procuran esforzarse por ofrecer una formación integral a los seminaristas o novicios a su cargo, éstos necesitan adoptar una mayor iniciativa en este proceso, aceptando responsabilizarse por su propio crecimiento y el de sus compañeros más cercanos, dentro del contexto de pequeños grupos conformados a nivel diocesano o académico. Es por esto que en un programa de Grupos de Vida se propone que esta responsabilidad personal y este apoyo fraterno deben ocurrir a un nivel básico, al menos en las siguientes cuatro áreas de crecimiento hacia la madurez: vida de oración, de relaciones, de estudio y de servicio (Mnemotécnicamente O.R.E.S.).

Este compartir a nivel grupal sobre el crecimiento básico en las cuatro áreas antes mencionadas, sin embargo, no debe interferir en absoluto con el trabajo de cuidado pastoral más profundo que realiza el formador con sus dirigidos, sino que más bien ha de constituir un apoyo y un complemento a su labor. No corresponde a los grupos de vida involucrarse, durante la etapa seminarística --aunque quizás podrán hacerlo más adelante como "grupos de vida sacerdotal" o "grupos de vida consagrada", en áreas tan íntimas y complejas en sus vidas personales como situaciones de pecado, traumatismos psicológicos, trastornos de personalidad, crisis existenciales severas, decisiones a nivel vocacional, etc... Sin embargo, el formador hallará a menudo que el ambiente de solidaridad fraterna de los grupos de vida, apoya y promueve los lineamientos pastorales que se sugieren en la dirección espiritual, consolidándose así una vivencia comunitaria más profunda en la vida del seminario.

Es a esto a lo que se refiere Juan Pablo II, en su exhortación apostólica "Pastores Dabo Vobis", cuando señala que "...es esencial para la formación de los candidatos al sacerdocio y al ministerio pastoral --eclesial por naturaleza-- que se viva en el Seminario no de un modo extrínseco y superficial, como si fuera un simple lugar de habitación y de estudio, sino de un modo interior y profundo: como una comunidad específicamente eclesial, una comunidad que revive la experiencia del grupo de los Doce unidos a Jesús" (PDV, 60).

OBJETIVOS ESPECÍFICOS DE LOS GRUPOS DE VIDA

El establecimiento de un programa de "Grupos de Vida" puede desglosarse, por tanto, en los siguientes objetivos específicos:

1. Crear una estructura básica de apoyo a la labor formativa que realizan los padres formadores en la vida personal de cada seminarista, organizada y dirigida pastoralmente por el Consejo de Formadores del seminario.

2. Promover la responsabilidad personal por el propio crecimiento hacia la plena madurez humana, cristiana y sacerdotal de cada seminarista.

3. Proporcionar un ambiente de solidaridad fraterna, que posibilite de maneras concretas el crecimiento armónico de los miembros del grupo de vida en cuatro áreas básicas: oración, relaciones, estudio y servicio.

4. Aportar una experiencia de aprendizaje a los seminaristas sobre los beneficios que reporta el diálogo habitual, la transparencia en el compartir, el apoyo oportuno en áreas básicas, y el ejemplo de otros como estímulo para el crecimiento personal.

5. Promover relaciones sanas y maduras de compañerismo y amistad en el seminario, que hagan innecesarias las amistades particulares exclusivistas.

6. Habituarse al seminarista con el ejercicio del liderazgo y la subordinación adecuadas en un contexto grupal, así como de una experiencia práctica sobre la dinámica de las relaciones de grupo, complementando de esta manera los conceptos teóricos aprendidos en los cursos de Psicología que se imparten en el seminario.

7. Enseñar al seminarista un modelo concreto de apoyo pastoral, aplicable, con las variantes del caso, a la vida de los seglares en la Iglesia; preparándolo así para su futura labor sacerdotal en la promoción del liderazgo y el funcionamiento apropiado de grupos de vida laical, que hagan más efectivo el cuidado pastoral del pueblo de Dios a su cargo.

8. Fomentar el establecimiento de relaciones de amistad a nivel diocesano, que puedan perdurar en el tiempo y que constituyan un apoyo efectivo durante la vida sacerdotal futura de los actuales seminaristas.

De los objetivos anteriores se desprende que el fin primordial de un programa de "Grupos de Vida", como experiencia promotora de fraternidad, corresponsabilidad y autenticidad en la vivencia seminarística, consiste en ofrecer un complemento a la labor formativa más profunda que realizan los padres formadores en el seminario, mediante la organización de grupos de vida, bajo la supervisión pastoral del mismo Consejo de Formadores, donde los seminaristas asuman una mayor responsabilidad por su propio crecimiento y el de sus compañeros de grupo, en las áreas básicas de vida de oración, de relaciones, de estudio y de servicio. De esta manera, y según se afirma en la exhortación apostólica "Pastores Dabo Vobis", "...los diversos miembros de la comunidad del seminario, reunidos por el Espíritu en una sola fraternidad, colaboran, cada uno según su propio don, al crecimiento de todos en la fe y en la caridad, para que se preparen adecuadamente al sacerdocio..." (PDV, 60).

FUNCIONES DE LOS PARTICIPANTES EN EL PROGRAMA DE GRUPOS DE VIDA

Existen distintos niveles de participación personal como parte de la organización de un programa de Grupos de Vida dentro del contexto de un seminario. Consideremos, por lo tanto, las funciones que corresponden a cada uno de los distintos participantes en esta experiencia:

El Consejo de Formadores: Los padres formadores, colegiadamente como Consejo de Formadores, asumen la responsabilidad pastoral de supervisar la marcha general del Programa de Grupos de Vida. A este respecto, deben nombrar a un "asesor general" y a un "formador encargado" de este programa, así como mantenerse al tanto sobre la conformación de los grupos, la designación de coordinadores y el establecimiento del ritmo y tipos de reuniones formales e informales que resulten más convenientes, procurando que el Programa de Grupos de Vida se realice apropiadamente y en armonía con el patrón de vida del seminario. Asimismo, procurarán sugerir aquellos cambios que les parezcan oportunos y aprobarán, anualmente, las propuestas que el asesor general y los coordinadores de los grupos de vida sugieran para el futuro.

El Formador Encargado: El Consejo de Formadores designará a uno de sus miembros como encargado de velar por la marcha específica de los grupos de vida, desempeñando el papel de puente entre el asesor general o los coordinadores de los grupos y el Consejo de Formadores. El desempeño adecuado de esta función como "formador encargado" implicará mantener un diálogo frecuente con los seminaristas sobre su experiencia grupal, una participación regular y activa en las reuniones mensuales de coordinadores de los grupos, así como el reunirse periódicamente con el asesor general, para programar conjuntamente las actividades comunes de los grupos de vida. Esto, a su vez, le permitirá mantener bien informado al Consejo de Formadores sobre todo lo pertinente al desarrollo del Programa de Grupos de Vida en el seminario.

El Asesor General: El Consejo de Formadores designará también a una persona experimentada en trabajo con grupos a nivel eclesial, nombrándolo como "asesor general" sobre los grupos de vida. Esta persona asumirá la responsabilidad por

los aspectos organizativos de la dinámica de los grupos, la coordinación con el "formador encargado" y con los "asesores diocesanos", la capacitación general de los "coordinadores grupales", la evaluación continua del proceso y la resolución de problemas específicos que puedan afectar la buena marcha de los grupos de vida.

El asesor general puede ser uno de los padres formadores del seminario, que reúna en sí mismo las características idóneas de experiencia y disponibilidad para el desempeño de esta labor; en cuyo caso las funciones de "asesor general" y de "formador encargado" convergerían en una misma persona. No obstante, el asesor general podría ser también un colaborador externo al Consejo de Formadores, aunque estrechamente vinculado con la vida del seminario, como por ejemplo, un sacerdote con formación específica en dinámica de grupos y experiencia para realizar esta función. Finalmente, pueden darse otros casos, como ocurre en la experiencia del Programa de Grupos de Vida en Costa Rica, donde el asesor general es un psicólogo laico, comprometido a nivel eclesial, y que labora como profesor de Psicología del seminario.

Los Asesores Diocesanos: Tratándose de un seminario interdiocesano, como el Seminario Central de San José, Costa Rica, los padres formadores han asumido tradicionalmente la responsabilidad de desempeñarse como "asesores diocesanos" dentro del seminario, asignándosele a algunos de ellos la función de supervisar al conjunto de seminaristas que provienen de una misma diócesis. Como parte de esta labor, cuando se trata de la organización de actividades grupales intradiocesanas, se utiliza particularmente una noche de la semana, que se ha dado en llamar la "noche diocesana", efectuándose en esta noche diversos tipos de reuniones, organizadas por los seminaristas de cada una de las diócesis, bajo la supervisión del asesor diocesano.

Dado que parece lo más conveniente que los grupos de vida se organicen a nivel diocesano, resulta apropiado entonces que los mismos padres formadores que fungen como asesores diocesanos, con la condición de que tengan una disposición positiva para hacerlo, se constituyan en los supervisores de esta experiencia. Esta disposición positiva podría definirse como una conjunción básica de las siguientes características: Creer en la necesidad de los grupos de vida, querer involucrarse con ellos y poder, en términos prácticos, desempeñar esta función. Cuando así ocurre, los asesores diocesanos velan pastoralmente por el conjunto de los seminaristas de una misma diócesis, ofreciéndoles

su apoyo para la realización de las reuniones grupales, asesorando periódicamente a los coordinadores en sus consultas sobre la marcha de los grupos de vida, y contribuyendo a la resolución de cualquier tipo de conflictos o dificultades que se les presenten. Esta labor, sin embargo, debe realizarla el asesor diocesano con el tacto necesario para no ejercer un dominio paternalista sobre la vida de los grupos, lo que podría interpretarse como una intromisión no deseada, restándole de esta manera a los miembros de los grupos la posibilidad de madurar personalmente en el ejercicio sano de la autonomía y la responsabilidad en la solución de sus propios problemas.

En los casos en que exista un número elevado de seminaristas pertenecientes a una misma diócesis, quizás dos o más padres formadores pueden distribuirse esta función asesora de los grupos de vida, procediéndose de igual forma cuando se trata de organizar las labores de supervisión de los grupos de vida en aquellos seminarios que sirven a una sola diócesis.

Los Coordinadores de los Grupos de Vida: En cada uno de los grupos de vida, sus miembros deben elegir anualmente a un seminarista que preste el servicio como coordinador de grupo, elección que puede ser rotativa o en la que se ratifique, incluso por varios años, al mismo coordinador. Los siguientes criterios han probado ser útiles para realizar una buena elección del coordinador grupal, criterios que claramente corresponden más a cualidades de carácter que a dones innatos de liderazgo:

- Relación vital con Dios y sensibilidad espiritual (área de oración).
- Capacidad de relacionarse bien con distintos tipos de personas (área de relaciones personales).
- Vida de estudio con suficiente orden y eficiencia (área de estudio).
- Espíritu servicial dispuesto a sacrificarse por otros (área de servicio).
- Personalidad respetada en el seminario y caracterizada por una actitud no autosuficiente, dispuesta a aprender para servirle mejor a los compañeros del grupo (área integral).

El liderazgo de los coordinadores será ejercido a nivel grupal mediante labores de coordinación y de animación para el logro de las actividades propuestas por el grupo

de vida, y no implicará una responsabilidad de dirigir individualmente a los miembros de su grupo de manera personal, lo cual corresponde exclusivamente a los padres formadores u a otros sacerdotes que se desempeñen como directores espirituales de los seminaristas.

Los coordinadores de los grupos se reúnen mensualmente con el asesor general y el formador encargado, para recibir formación pertinente a las funciones que desempeñan y compartir sobre aspectos importantes en la marcha de los grupos. Asimismo, en la asamblea de coordinadores del mes de marzo --a inicios del año lectivo--, se elige anualmente un "Comité Coordinador de los Grupos de Vida", compuesto por cinco miembros, cuya función es asistir al asesor general en la realización de todos los aspectos prácticos relacionados con la conducción del Programa de Grupos de Vida.

Entre las funciones que puede asumir el Comité Coordinador de los Grupos de Vida están las siguientes:

- Planear, divulgar y coordinar las actividades de las reuniones mensuales de coordinadores de grupos de vida, bajo la supervisión del asesor general.
- Designar el tema anual de crecimiento para el Programa de Grupos de Vida, y sugerir temas de reflexión o dinámicas de interacción para ser utilizadas en los grupos.
- Establecer una "Cartelera de Grupos de Vida", designando un cierto período de tiempo a cada grupo durante el año, para responsabilizarse por el diseño y los contenidos de esta cartelera divulgativa.
- Promover la organización de actividades intergrupales en las noches diocesanas de grupos de vida, que fomenten buenas relaciones entre los miembros de los distintos grupos.
- Realizar, a comienzos de la segunda mitad del año lectivo, una encuesta en los grupos de vida sobre las necesidades sentidas por sus miembros, para presentar posteriormente ante el asesor general y los asesores diocesanos.
- Organizar la "Semana de Grupos de Vida" del año siguiente, como última actividad de su gestión, seleccionando los posibles lemas, sugiriendo nuevas

dinámicas dentro de la programación habitual, y delegando en los distintos grupos ciertas responsabilidades particulares para la ejecución de las actividades de la semana.

Los Miembros de los Grupos de Vida: Todos los seminaristas, subdivididos por diócesis, se constituyen en los verdaderos protagonistas de esta experiencia como miembros activos de los grupos de vida, organizándose entre ellos mismos en células de cuatro a ocho miembros cada una, las cuales se reúnen formal e informalmente varias veces al mes, para compartir sus vidas de oración, relaciones, estudio y servicio (O.R.E.S.). Aún cuando los grupos tienen la oportunidad de reorganizarse anualmente al inicio de cada año lectivo, debe procurarse que sus integrantes pertenezcan a un mismo nivel académico, y que exista la mayor estabilidad posible en su membresía, de modo que se promueva un proceso adecuado de maduración en las relaciones interpersonales, a través de los años de vida compartida en el seminario.

No obstante lo anterior, siempre se requerirá anualmente de la realización de cambios pertinentes, debido a veces a la salida del seminario de algunos integrantes de los grupos del año anterior, o de seminaristas que encuentran razones importantes para cambiarse de grupo. En situaciones como éstas, se necesitará reintegrar a seminaristas aislados en grupos ya constituidos, o procurar la confluencia de un par de grupos diezmados de dos o tres miembros, mediante la constitución de un nuevo grupo mayor. En todos estos casos, es importante recalcar que son los mismos seminaristas quienes deben adoptar los cambios que les parezcan más convenientes, procurando realizarlos de manera autónoma y responsable; ésto, debido a que los grupos de vida han probado funcionar mucho mejor, cuando son sus propios miembros quienes asumen la responsabilidad de escogerse libremente entre sí. Aún así, conviene también que, en algunas situaciones, el asesor general o los asesores diocesanos sugieran, a comienzos de año, posibles cambios en la membresía de algunos de los grupos de vida, procurando promover entre los formandos una actitud abierta y caritativa para la recepción de nuevos miembros. Sin embargo, en última instancia serán siempre los mismos seminaristas quienes decidan sobre la membresía final de sus grupos, lo que parece garantizar, en la mayoría de los casos, una disposición mucho más positiva para querer compartir sus vidas con la autenticidad y profundidad deseadas.

PASOS A SEGUIR PARA EL ESTABLECIMIENTO DE LOS GRUPOS DE VIDA

Cuando se trata de iniciar un programa de Grupos de Vida en el contexto de un seminario, es preciso considerar pasos como los siguientes, con el fin de garantizar una implementación positiva de este tipo de experiencia:

Aprobación de los Grupos de Vida:

La consideración, análisis y aprobación del programa de Grupos de Vida debe ser realizada por parte del Consejo de Formadores. Si no existiera un verdadero consenso entre los padres formadores sobre la necesidad y orientación básica de los grupos de vida, conviene tomarse el tiempo necesario para ir creando esta conciencia, al menos en la mayoría de sus miembros, pues de la unidad y convencimiento del Consejo de Formadores sobre la implementación de este Programa dependerá buena parte de su éxito.

Designación del Asesor General:

La designación de un asesor general que esté capacitado para la conducción de un programa de Grupos de Vida es esencial para la buena marcha del proyecto. A este respecto, importan tanto los conocimientos sobre dinámicas grupales a nivel eclesial, como las experiencias vividas por el mismo asesor general en este tipo de pequeños grupos de relación comunitaria. Tratándose de una vivencia auténticamente cristiana, es primordial que la persona encargada de la asesoría general de los grupos pueda plantearlos testimonialmente como una experiencia de fe, centrada en el Señor Jesucristo, resucitado y vivo en medio de la vida del seminario, quien desea manifestar el amor del Padre y la fuerza del Espíritu Santo, como los pilares fundamentales para este programa de vida comunitaria.

Participación del Formador Encargado:

Tal y como se señaló anteriormente, en el caso de que el asesor general no sea uno de los miembros del Consejo de Formadores, deberá designarse desde un principio a un formador que sirva de enlace entre el Consejo de Formadores y el asesor general o los coordinadores de los grupos de vida. Para la realización de esta función, este

"formador encargado" necesitará participar activamente en esta experiencia, dialogando frecuentemente con los seminaristas sobre su vivencia grupal, haciéndose presente en las reuniones mensuales de coordinadores de grupos de vida, y manteniendo un contacto estrecho, mediante reuniones periódicas con el asesor general, para supervisar así todos los aspectos programáticos y organizativos que se van gestando sobre la marcha del programa de Grupos de Vida.

Inserción en la vida del seminario:

Con anterioridad al inicio de un programa de Grupos de Vida, deben plantearse opciones concretas que permitan abrir espacios, dentro de la rutina de vida del seminario, para que los grupos de vida puedan implantarse adecuadamente. La vida de un seminario, ya de por sí, es suficientemente intensa como para dificultar la adopción de nuevos elementos de vida, por importantes que estos parezcan. Se requiere, por lo tanto, de un planeamiento sabio y realista que brinde a los seminaristas el tiempo y la oportunidad suficientes para la realización del Programa de Grupos de Vida, sin que éste resulte anulado por las demás actividades seminarísticas, pero que tampoco venga a desequilibrar la sana armonía que necesita reinar entre las distintas dimensiones del programa formativo que el seminario ofrece de manera integral.

Concientización sobre los Grupos de Vida:

Resulta también conveniente realizar un retiro con los seminaristas, e incluso varias jornadas de concientización, sobre el llamado a la vida comunitaria y la necesidad de consolidar una experiencia de grupos de vida, a partir del mismo seminario, como el fundamento para la futura fraternidad sacerdotal. Los seminaristas deben saberse los verdaderos protagonistas de esta experiencia, aclararse sus inquietudes y prejuicios al respecto, analizar el Programa de Grupos de Vida y proponer sugerencias, todo esto con el fin de llegar a participar activa y comprometidamente de esta vivencia grupal. De lo contrario, este Programa de Grupos de Vida será percibido por ellos como una experiencia externamente impuesta, lo que impediría que llegara a enraizarse, con la debida profundidad y significación, como parte esencial de su futura vida sacerdotal.

En conclusión, cada uno de los pasos anteriores se ofrece como un posible

requisito previo que convendría considerar, en la mayoría de los casos, antes del inicio de un programa de Grupos de Vida en un seminario. A continuación se presenta, como un ejemplo concreto de programación de Grupos de Vida, la experiencia realizada durante varios años en el Seminario Central de San José, Costa Rica.

ELEMENTOS ESENCIALES DEL PROGRAMA DE GRUPOS DE VIDA EN COSTA RICA

Un programa de Grupos de Vida, como el que se ofrece a los seminaristas en Costa Rica, no se inició desde un principio con la riqueza de elementos conceptuales y metodológicos que actualmente presenta. Este tipo de vivencias no puede planearse anticipadamente, ni por escrito, en todos sus detalles, sino que va evolucionando año con año según las condiciones específicas de cada seminario, de la visión particular de su asesor general y de sus formadores, de la idiosincracia misma de los seminaristas y, muy concretamente, de las experiencias vividas en este proceso.

La evaluación continua del Programa de Grupos de Vida a todos los niveles, con la colaboración de los miembros del Consejo de Formadores, con las sugerencias aportadas por el grupo de coordinadores, con la opinión personal de los seminaristas mismos, contribuye grandemente al planteamiento de nuevas propuestas de acción que, año tras año, le aportarán una riqueza cada vez mayor a este proyecto de fraternidad en pequeños grupos de vida comunitaria.

Sin embargo, conviene ofrecer en este punto, como marco de referencia, la manera concreta en que el Programa de Grupos de Vida ha venido funcionando, desde el inicio de los años noventa y hasta el presente, en el Seminario Central de San José, Costa Rica. De esta forma, se desglosa a continuación un panorama global de la experiencia vivida, para beneficio de todas las personas participantes y de otras interesadas en este tema, describiéndose algunos de los elementos esenciales que se han convertido en las bases programáticas de este proyecto:

Los Principios Inspiradores del Programa de Grupos de Vida:

El Programa de Grupos de Vida del Seminario Central se inspira humildemente en los principios esbozados en 1962 por el Papa Juan XXIII, en su discurso de inauguración del Concilio Vaticano II (Hebblethwaite, 1995, p.290), a saber:

- **La historia como maestra de vida:** El programa de Grupos de Vida se nutre de la historia eclesial --e incluso secular-- en todo lo referente a vida comunitaria y dinámicas grupales, evolucionando anualmente con base en el análisis de la experiencia vivida en el mismo seminario, mucho más aún que en los planteamientos teóricos al respecto.

- **La medicina de la compasión preferible a la vara de la severidad:** El aprendizaje de la fraternidad plantea, en distintos momentos, situaciones de crisis individual o de conflictos interpersonales, que no conviene resolver en la mayoría de los casos mediante la aplicación severa de reglas disciplinarias, sino más bien promoviendo una aceptación compasiva de los errores propios y ajenos, tras la búsqueda de una vivencia cada vez más madura de las relaciones fraternas.

- **La libertad en las cosas no esenciales:** Los miembros de los grupos de vida gozan de libertad para organizarse en cuanto a membresía, coordinación, metas particulares y tipos de reunión, lo que les permite ir adquiriendo, mediante el ejercicio responsable de la autonomía, una personalidad grupal bien definida y siempre diferente a la de cualquier otro grupo.

- **La unidad en las cosas esenciales:** Debe fomentarse, sin embargo, la existencia de un espíritu de unidad en todo lo tocante a la organización general de los grupos de vida en el seminario, así como al cumplimiento de los propósitos fundamentales, los compromisos básicos y las metas generales de esta experiencia de pequeños grupos de corte comunitario, organizada a nivel diocesano, para así promover una adecuada relación futura de apoyo presbiteral.

- **Y siempre, la caridad:** El programa, las estructuras y las actividades mismas de los grupos de vida, aunque importantes, no darán nunca el fruto deseado, a menos que se fundamenten en la práctica de una auténtica caridad, como expresión incuestionable de la presencia y la acción de Dios en la vida de los grupos. En este sentido, la caridad es la razón de ser, la manera de vivir y el fin último de los grupos de vida.

Los Propósitos Fundamentales de los Grupos de Vida:

Con el fin de explicitar aún más los componentes esenciales de esta caridad fraterna, a ser vivida dentro del contexto del presbiterio como el fin último de los grupos de vida, se plantean los siguientes tres propósitos fundamentales --y complementarios entre sí--, que le brindan su orientación básica a este Programa:

- **Fraternidad:** El aprendizaje de la fraternidad entre los seminaristas, como fundamento para la vivencia futura de una verdadera fraternidad sacerdotal, es el propósito primero y fundamental de los grupos de vida, sin el cual esta experiencia perdería su razón de ser. La fraternidad debe ser aprendida y practicada desde los inicios de la formación seminarística. De lo contrario, ésta se verá siempre como un bello ideal que no corresponde a la realidad concreta de las relaciones interpersonales que caracterizan a la comunidad del seminario y, eventualmente, la del mismo presbiterio.

- **Corresponsabilidad:** El asumir responsabilidad por el crecimiento propio, así como por el de los compañeros más cercanos, se constituye en el segundo propósito sobre el cual se fundamenta el Programa de Grupos de Vida. De esta manera, se redefine la formación seminarística como un proceso en el que los formandos asumen participación activa y responsable, sabiéndose protagonistas de su propia formación, en lugar de considerárseles como entes pasivos de la acción que con ellos realizan los formadores, directores espirituales y profesores en la vida del seminario.

- **Caridad:** La vivencia auténtica del mandamiento del amor al prójimo, y éste, practicado de manera especialmente concreta con los compañeros del seminario, del presbiterio o comunidad religiosa, es el tercer propósito fundamental de los grupos de vida. No es posible predicar de manera efectiva el llamado a participar plenamente de la comunidad eclesial, si quien lo hace no tiene la congruencia de vivir personalmente aquello que predica, habiendo aprendido en su propia experiencia de grupo de vida sacerdotal --o grupo de vida consagrada-- a reflejar a otros una auténtica vivencia de fraternidad.

Los Compromisos de Pertenencia a un Grupo de Vida:

La dinámica grupal que procura alcanzar los propósitos antes señalados necesita caracterizarse por ciertos compromisos que aseguren una atmósfera de suficiente estabilidad, confianza y profundidad entre los miembros del grupo de vida. Sin la vivencia de los siguientes compromisos básicos, cualquier intento serio de vivir la fraternidad se verá lamentablemente desvirtuado:

- **Confidencialidad:** Los miembros de un grupo de vida deben garantizarse unos a otros que tratarán con sumo sigilo toda la información personal que se comunican en su compartir grupal, como señal del respeto profundo que caracteriza a las relaciones más íntimas y estrechas de tipo interpersonal. Sólo así, el grupo de vida se irá convirtiendo gradualmente en un ambiente de completa confianza, posibilitándose de esta manera la manifestación auténtica de cada uno de sus miembros.

- **Apertura:** Como complemento al compromiso anterior, los miembros participantes en un grupo de vida deben comprometerse también a compartir sus vidas con una apertura cada vez mayor, que les garantice gradualmente un verdadero conocimiento interpersonal y una plena identificación mutua. Ésto, a su vez, permitirá que con los años vayan alcanzando la suficiente profundidad y autenticidad como para apoyarse cabalmente en todos aquellos retos que individual y grupalmente les corresponda vivir.

- **Solidaridad:** La solidaridad fraterna, sin embargo, no puede ser un fruto que se recoja sólo al cabo de muchos años de experiencia grupal. Desde la misma conformación de un grupo de vida, sus miembros deben comprometerse a apoyarse mutuamente, actuando solidariamente ante las necesidades personales que se les presenten, como una manera concreta de manifestar los propósitos de fraternidad, corresponsabilidad y autenticidad que los unen grupalmente.

Las Áreas de Compartir en los Grupos de Vida:

Según se ha definido anteriormente, al tratar sobre la necesidad de establecer grupos de vida en los seminarios, las áreas básicas de compartir personal deben incluir las dimensiones correspondientes a la vida de fe, de relaciones, de estudio y de servicio, tal y como habitualmente ocurre en cualquier grupo fraterno a nivel eclesial (Ver Cuadro de Áreas). De esta forma, las áreas de vida para compartir grupalmente corresponden también con las cinco áreas primordiales de formación en los seminarios, a saber: humana, espiritual, comunitaria, académica y pastoral; con la salvedad de que, dada la dinámica específica de los grupos de vida, el área de formación humana se desarrollará concomitantemente con el desarrollo personal en todas y cada una de las otras cuatro áreas, que se describen a continuación:

- **Área de Oración:** Esta área, que atañe específicamente a la dimensión espiritual, incluye todas aquellas prácticas de vida cristiana que fomentan el encuentro y la relación personal con el Señor, tales como la oración personal o comunitaria, la lectura, meditación y estudio de la palabra de Dios, la vida sacramental, la dirección espiritual, etc. En suma, todos estos elementos que en la vida del seminario contribuyen a la formación espiritual de los seminaristas, pueden verse significativamente reforzados dentro del contexto de los grupos de vida, debido al apoyo que reciben sus integrantes al compartir fraternalmente logros y necesidades personales en este campo.

- **Área de Relaciones:** El área de las relaciones interpersonales engloba todos aquellos vínculos que son particularmente significativos en la vida de los seminaristas, tales como relaciones familiares, de compañerismo o de amistad, con personas de ambos sexos y de distintas edades o situaciones sociales. El poder dialogar en los grupos de vida sobre este tipo de vivencias afectivas no sólo contribuye a una mejor formación en la dimensión comunitaria, sino que también va estableciendo una base de confianza mutua para que el seminarista, o futuro sacerdote, acuda a su grupo de vida, cuando quiera que se le presenten situaciones potencialmente conflictivas en aquellas relaciones que afectan directamente su vida emocional.

- **Área de Estudio:** Esta área, correspondiente a la tarea que ocupa la mayor

parte del tiempo de la vida del seminarista, es equivalente al área ocupacional o profesional de las personas que integran cualquier otro tipo de agrupación eclesial. En cualquier grupo afín, sus miembros se benefician de poder compartir con aquellos compañeros que están familiarizados con su tipo de actividad, conversando así libremente sobre los retos, dificultades y satisfacciones que se les presentan en sus labores habituales. En el contexto del seminario, el área de estudio corresponde directamente a la formación intelectual o académica, la cual puede verse particularmente estimulada por el compartir grupal sobre formas concretas de aumentar el rendimiento en los estudios, así como de apoyarse conjuntamente para superar hábitos académicos inadecuados y establecer otros más eficaces mediante un modelaje apropiado.

- **Área de Servicio:** La vida del seminario se caracteriza también por la práctica de distintas formas de servicio, tanto formales como informales, de tipo práctico o pastoral, mediante las cuales se pretende ir formando en los seminaristas una actitud de auténtico servidor, a imagen de Jesucristo, quien no vino al mundo a ser servido sino a servir (Mat. 20: 28). El grupo de vida constituye un contexto apropiado no sólo para promover un sano espíritu de servicio, por parte de sus miembros hacia quienes les rodean, muy particularmente en el área de su formación pastoral, sino que también les ofrece continuas oportunidades de servirse unos a otros en sus necesidades personales, lo cual estrecha aún más los lazos de amor fraterno a nivel grupal.

Las Metas Generales Comunes en los Grupos de Vida:

Los propósitos, compromisos y áreas de compartir en los grupos de vida, antes descritos, se concretan de manera específica cuando al inicio de cada año se definen las metas particulares que se pretenden alcanzar en cada grupo. Para tal efecto, en el Programa de Grupos de Vida se propone un esquema de metas generales comunes, que les sirva a los miembros de los grupos como marco de referencia para la definición de sus metas anuales, en cada uno de los siguientes niveles de tipo cognitivo, afectivo, volitivo e integral (Ver Cuadro de Metas):

Diagramar aquí el "Cuadro de Metas Generales Comunes de los Grupos de Vida"

Tomarlo del libro *Madurez sacerdotal y religiosa: Un enfoque integrado entre Psicología y Magisterio* (Dr. Gaston de Mézerville) Ediciones CELAM. Colección Autores No. 24.

Tomo II. Anexo 1. Página 338.

- **Reflexión intelectual (Nivel cognitivo):** En este primer nivel se plantean todas aquellas metas que promueven una mejor comprensión intelectual de las áreas de oración, relaciones, estudio y servicio. El medio para el logro de este tipo de metas consiste en la reflexión grupal, con base en libros o documentos seleccionados por los mismos miembros del grupo --incluyendo estudios bíblicos--, sobre temas tan variados como métodos de oración, meditación cristiana, ministerios laicales, relaciones humanas, superación personal, técnicas de estudio, orientación vocacional, formación seminarística, vida sacerdotal, programas de pastoral a poblaciones especiales, etc. Los logros en este nivel cognitivo se reflejan en la adquisición de nuevos conocimientos en áreas específicas que corresponden a los verdaderos intereses del grupo y que enriquecen a sus miembros con una visión conceptual más amplia y profunda de la vida.

- **Compartir personal (Nivel Afectivo):** A nivel afectivo, se propone a los grupos de vida definir metas anuales que fomenten entre sus miembros un diálogo franco y abierto sobre sus propias vidas en las áreas de oración, relaciones, estudio y servicio. Esto implica el separar momentos a lo largo del año y planear dinámicas grupales que posibiliten un compartir personal y profundo sobre aquellas cosas que les son verdaderamente importantes, tales como sus historias de vida, sus familiares y personas más significativas, su relación con Dios y su sentido de llamado sacerdotal, sus aptitudes, intereses e ilusiones, al igual que sus necesidades, problemas y áreas de superación personal, tanto a lo largo del tiempo como en su experiencia presente de vida seminarística, familiar o social. A este respecto, los grupos de vida pueden beneficiarse mucho de obras como la escrita por Desmond O'Donnel ("Cómo formar grupos de vivencia fraterna"), que plantean dinámicas grupales específicas para estrechar los vínculos de fraternidad que los unen (O'Donnel, 1988). El logro de las metas a este nivel afectivo se manifiesta en un continuo aprendizaje sobre comunicación, apertura y solidaridad en las relaciones interpersonales, habituándose los seminaristas a la experiencia de ser escuchados y apoyados en las áreas verdaderamente significativas en sus vidas.

- **Mejoramiento individual (Nivel Volitivo):** El tomar decisiones personales y prácticas para una mayor plenitud de vida de oración, relaciones, estudio y servicio, representa la tercera categoría de metas a ser consideradas en cada grupo de vida. Estas

metas, que pertenecen al nivel volitivo, se logran mediante el apoyo grupal a la toma de decisiones individuales en situaciones tales como regularidad en la oración personal, enfrentamiento de problemas familiares, revisión de hábitos de estudio o maneras de conducirse en actividades de servicio de tipo práctico o pastoral, etc. La manifestación concreta de logros en este campo del mejoramiento individual puede observarse en la superación de problemas específicos y en un mayor crecimiento de cada uno de los integrantes de los grupos de vida.

- **Vivencias grupales (Nivel Integral):** Las metas comunes de tipo integral que se proponen anualmente para los grupos de vida consisten en la organización de vivencias compartidas de oración, relaciones, estudio y servicio, que resulten significativas para todos sus miembros. En este nivel, puede darse tal variedad de metas, a ser consideradas por los distintos grupos de vida, que conviene explicitarlas subdividiéndolas por cada una de las áreas, a saber:

1. **Oración:** Ratos de oración espontánea al inicio o final de las reuniones del grupo; liturgias de la Palabra o estudios bíblicos compartidos; intercesión unos por otros ante situaciones específicas; rezar conjuntamente, como grupo o alternando pares de compañeros, oraciones tales como el rosario, laudes o vísperas; planeamiento de retiros espirituales en fines de semana libres o durante las vacaciones; etc...

2. **Relaciones:** Dinámicas para edificación o corrección fraterna; celebraciones de cumpleaños, graduaciones, festividades u otras; actividades informales de esparcimiento, deporte o recreación; preparación de presentaciones artísticas, exposiciones o números musicales para veladas o eventos especiales; salidas a comer, al cine o a pasear juntos; visitas de padres y familiares al seminario o invitaciones para que los miembros del grupo visiten a las familias; convivencias, paseos o excursiones en tiempo de vacaciones; etc...

3. **Estudio:** Compartir apuntes o libros requeridos para el estudio personal; presentación de reportes o trabajos a nivel grupal; realización de talleres conjuntos sobre técnicas de estudio; conformación de grupos de estudio antes de los períodos de exámenes; etc...

4. Servicio: Establecimiento de un fondo común para subsanar las necesidades de los miembros del grupos o para donaciones especiales a nivel externo; proyectos de servicio práctico, organizados oficialmente por las autoridades del seminario, para que se realicen por medio de los grupos de vida; trabajos voluntarios e informales, tales como aseo y decoración de dormitorios, aulas o salones; cuidado grupal de los propios integrantes del grupo de vida en circunstancias de enfermedad; visitas conjuntas a hospitales, cárceles o situaciones de pastoral; etc...

Los logros que se obtienen con la realización de este tipo de experiencias grupales, se manifiestan claramente en el fortalecimiento de una experiencia vital, compartida por todos, en las distintas áreas de interés común, así como en el desarrollo de destrezas de liderazgo u otros roles de apoyo grupal, modelaje apropiado de rasgos de carácter y habilidades individuales, y el establecimiento de vínculos más estrechos de relación interpersonal y de integración grupal.

Finalmente, como parte del Programa de Grupos de Vida se deberá promover, no sólo el establecimiento de este tipo de metas generales comunes, sino también el ir definiendo apropiadamente ciertos objetivos específicos que puedan ser alcanzados, como parte de esta vivencia, en cada una de las etapas de la formación, a saber: propedéutico, filosofía, teología, diaconado y primeros años de vida sacerdotal, tal y como se propone en el proceso pedagógico desarrollado por el Instituto Vocacional Maestro Ávila, citado anteriormente (I.V.M.A., 1989).

Dimensiones Existenciales de los Grupos de Vida:

Toda esta riqueza de metas y dinámicas grupales compartidas en los grupos de vida necesita regularse con base en un planeamiento equilibrado de tres dimensiones, de tipo existencial y complementarias entre sí, que resultan esenciales para la vivencia plena de este tipo de experiencia. A este respecto, así como los grupos de vida pueden ser evaluados según el nivel de satisfacción de sus miembros en la realización de las metas propuestas, también conviene evaluarlos, a lo largo de determinados períodos de tiempo, de acuerdo con la vivencia equilibrada y satisfactoria de las siguientes tres

dimensiones: espiritual, relacional y recreativa.

- **Dimensión espiritual:** Esta primera dimensión concierne al nivel de espiritualidad del grupo de vida, el cual debe medirse, no tanto por la cantidad de actividades de tipo devocional, como por el fruto espiritual que estas le estén rindiendo a los integrantes del grupo. Es esencial que el grupo reconozca y profundice en la presencia actuante de Dios en su medio como la verdadera fuerza animadora de toda su experiencia fraternal. En este sentido, la conversión y entrega radical a Jesucristo, por parte de cada uno de los miembros, y la consagración a Dios del grupo de vida como tal para vivir en el amor, representan la única garantía de constituir un grupo auténticamente cristiano. Por el contrario, si en el grupo se descuida su dimensión espiritual, este podrá definirse como un grupo de encuentro, de tipo terapéutico, recreativo o social, pero no será un verdadero grupo de vida.

- **Dimensión Relacional:** Esta segunda dimensión se refiere al grado de confianza, cercanía y compromiso interpersonal que los integrantes de un grupo de vida van logrando alcanzar entre sí. A este respecto, no debe considerarse únicamente el aspecto cuantitativo de las actividades formales e informales realizadas en el grupo, sino la posibilidad de compartir vida a un nivel cada vez más personal, que les permita a sus miembros manifestarse y desarrollarse auténticamente como personas. Si la dimensión relacional se descuida, el grupo podrá tomar formas de asociación pía, empresa apostólica, agrupación por afinidad o club social, pero tampoco será un verdadero grupo de vida.

- **Dimensión Recreativa:** La tercera dimensión que contribuye a equilibrar una vivencia plena de grupo de vida es la dimensión recreativa. Esta necesita evaluarse, no solamente por el tipo de actividades de esparcimiento y recreación que se organizan, sino, sobre todo, por la capacidad de disfrutar de los ratos compartidos y por la disposición de los miembros del grupo de acudir gozosamente a las citas de convivencia grupal. Por lo tanto, un grupo que con los años no aprende a recrearse cuando se congregan, podrá mantenerse unido como respuesta a un llamado espiritual o a la necesidad de cumplir con un compromiso común, pero no disfrutará en toda su plenitud de ser un verdadero grupo de vida.

En conclusión, estas tres dimensiones existenciales de tipo espiritual, relacional y recreativo, son las que permiten determinar el equilibrio más apropiado en la experiencia de un grupo de vida, pues el descuido de cualquiera de ellas empobrece gravemente al grupo, y su ausencia total lo incapacita para seguir funcionando como grupo de vida seminarístico o sacerdotal --o como grupo de vida consagrada--. Asimismo, en la vivencia satisfactoria y equilibrada de estas tres dimensiones se resume la expresión cabal de los principios, propósitos, compromisos, áreas y metas de los grupos de vida, descritos anteriormente.

ACTIVIDADES PRINCIPALES DE UN PROGRAMA DE GRUPOS DE VIDA

Con el correr de los años, un programa de Grupos de Vida como el que se realiza en el Seminario Central de San José, Costa Rica, va estableciendo también cierto patrón de actividades que le son propias, dentro del esquema general de actividades del Seminario, y que ofrece las oportunidades de expresión concreta y práctica de todos los elementos esenciales enumerados más arriba. Las actividades principales que se han convertido en tradicionales, como parte de este programa en Costa Rica, son las siguientes:

Reuniones del Asesor General con el "Formador Encargado" y el Consejo de Formadores:

Tradicionalmente, el asesor general y el formador encargado de los grupos de vida se reúnen con una frecuencia mínima de cada dos meses, la cual aumenta de manera extraordinaria siempre que las circunstancias lo ameriten. En cuanto al Consejo de Formadores, se realizan dos reuniones al año en las que se analiza el Programa de Grupos de Vida como punto de agenda específico en la reunión. En la sesión del primer mes de cada año lectivo (Marzo en Costa Rica) se presenta el Programa de Grupos de Vida para el año que comienza, y en la sesión del penúltimo mes de año lectivo (Octubre en Costa Rica) se revisa la marcha del Programa y se proponen posibles cambios para el año siguiente.

Jornada Inicial de los Grupos de Vida:

Como parte de las actividades de la primera semana de entrada al Seminario, al comienzo del año lectivo, se dedica un día entero al tema de la fraternidad, ante toda la comunidad seminarística, incluyéndose normalmente las siguientes actividades:

- **Sesión de bienvenida:** Se inicia la jornada con una bienvenida a todos los seminaristas para un nuevo año del Programa de Grupos de Vida, invocándose al Señor para consagrarle esta experiencia. Se procede luego a la presentación del

asesor general y del formador encargado, particularmente ante los seminaristas nuevos, por parte del padre rector.

- **Sesión inicial doble:** Hechas las presentaciones, se procede a la realización de una sesión doble, subdividiéndose el plenario en dos grupos: Por una parte se congrega a los seminaristas de primer ingreso, incluyendo también a aquellos que se reintegran al seminario después de un tiempo fuera (de cualquier nivel), quienes reciben una introducción al Programa de Grupos de Vida, conducida por el asesor general. Por otra parte, se invita a que el resto de compañeros de todos los niveles realicen una primera reunión de bienvenida, reuniéndose por grupos de vida de acuerdo a su pertenencia grupal del año anterior, lo que permite un diálogo inicial sobre el interés de los integrantes de cada grupo de mantener o no la misma membresía por un año más.

- **Sesión de capacitación básica:** A continuación, se congregan en pleno nuevamente todos los seminaristas, para brindarles capacitación pertinente sobre temas de relaciones humanas y de dinámica grupal, a cargo del asesor general y del padre formador encargado, con invitación al resto de formadores que deseen participar como observadores. Los temas de capacitación varían año con año, dependiendo de las necesidades que presentan los seminaristas y los grupos a este respecto.

- **Sesión de instrucción para la formación de nuevos grupos de vida:** En esta tercera sesión de la jornada, habitualmente por la tarde después del almuerzo, se brinda una explicación general a todos los participantes sobre la dinámica a seguir en el Programa: Se repasan los principios, propósitos y compromisos básicos, así como las áreas de compartir, las metas y las dimensiones en que se expresa concretamente la experiencia de los grupos de vida. Asimismo, se presenta el cronograma anual de actividades, se definen los criterios de elección y las funciones de los coordinadores de grupo, y se dan instrucciones concretas para la conformación de nuevos grupos y el establecimiento de las metas grupales del año, con base en el esquema de metas generales comunes para los grupos de vida (Ver Cuadro de Metas). Para la agilización de esta sesión organizativa, se presenta a los seminaristas este "Instructivo básico sobre los Grupos de Vida", en el cual se consignan los elementos esenciales antes descritos, y que resulta de mucho beneficio para ser consultado a nivel personal o grupal a lo largo del año.

- **Sesión de conformación de nuevos grupos:** Posteriormente, se procede a la conformación de los nuevos grupos de vida, invitándose a los seminaristas a realizar una primera reunión conjunta en la que se establece la nueva membresía del grupo, ya sea manteniendo la membresía anterior o estableciendo los cambios que se juzgen convenientes, se elige al coordinador, se confirma el nombre del grupo y se inicia el diálogo para la definición de metas anuales a nivel grupal.

- **Misa inaugural:** Esta jornada inicial de los grupos de vida se concluye con la celebración de una misa inaugural, presidida por el rector del seminario o un obispo invitado, y con la participación del cuerpo de formadores, para consagrar al Señor el nuevo año de esta experiencia de fraternidad y vida comunitaria. En la Eucaristía inaugural suelen introducirse elementos especiales como lecturas u homilía alusivas a la fraternidad; presentación de una patena conteniendo tarjetas en las que constan los nombres y membresía de los nuevos grupos de vida (durante la "Presentación de las ofrendas"); o realización de peticiones voluntarias, para concluir con la "Oración por los Grupos de Vida" (al final de la "Oración de los Fieles"). Éstas y otras posibles adaptaciones pertinentes dentro de la liturgia, suelen darle una significación y relevancia especial a esta Eucaristía inaugural, enriqueciendo grandemente el sentido de vivencia comunitaria y convirtiéndola en una verdadera experiencia espiritual que motiva la participación entusiasta de todos en el Programa de Grupos de Vida.

- **Cena especial:** También puede considerarse, finalmente, como parte del cierre de la jornada, la realización de una cena con algunos elementos que le brinden un ambiente especial; como por ejemplo, disponer el acomodo de las mesas para que los seminaristas se sienten por grupos de vida, ofrecer una comida festiva, organizar un rato de sobremesa musical, todo lo cual aporta un aire de solemnidad a la ocasión y permite que los nuevos grupos de vida sean públicamente reconocidos, desde el inicio mismo de esta experiencia comunitaria.

Establecimiento de las Metas Particulares de los Grupos de Vida:

En la primera reunión ordinaria de los nuevos grupos de vida, cada grupo se

planteará las metas que se pretende alcanzar a lo largo del año. Como se señaló anteriormente, para la definición de estas metas se ofrece a los seminaristas un marco de referencia general, o "Cuadro de metas generales comunes de los grupos de crecimiento y vida", que les permita tomar en cuenta los distintos niveles propuestos de tipo cognitivo, afectivo, volitivo e integral, para la escogencia de sus metas particulares (Ver Cuadro de Metas Generales). Las metas particulares de cada grupo de vida son presentadas por su coordinador durante la primera reunión mensual de coordinadores, dándoseles seguimiento, como punto de agenda establecido por el asesor general, en las reuniones de coordinadores que se realizan a mediados y a finales del año lectivo, con el fin de apoyar así la marcha de los grupos en su intento de lograr satisfactoriamente todo aquello que desde inicios de año se propusieron realizar.

La Semana Anual de los Grupos de Vida:

Durante el primer mes del nuevo año lectivo, se ha visto también la conveniencia de organizar una "Semana de Grupos de Vida", que permita promover el ideal de la fraternidad en el seminario, así como a nivel sacerdotal, y motivar en los seminaristas un propósito sincero de luchar por este ideal de todo corazón. Se sugiere este tiempo inicial, debido a que aún no hay grandes demandas académicas que entren en conflicto con las actividades programadas, las cuales son dirigidas por el "Comité Coordinador de los Grupos de Vida", que desempeña la función de organizar la "Semana de Grupos de Vida", distribuyéndose las responsabilidades por los distintos eventos programados. Este Comité, compuesto por cinco coordinadores grupales, es electo desde inicios del año anterior y termina sus funciones con la realización de la "Semana de Grupos de Vida", por lo que debe mantenerse en actividad durante el período de vacaciones, de manera que a comienzos del nuevo año lectivo la mayor parte de los eventos estén ya debidamente organizados. Sin embargo, para la realización satisfactoria de cada evento, necesita contarse con el apoyo de un número grande de seminaristas, organizados por los miembros del "Comité Coordinador", que sumen su esfuerzo para el éxito de esta actividad. Algunas de las actividades, que se van convirtiendo en tradicionales como parte de la "Semana de Grupos de Vida", son las siguientes:

- Concurso para elegir el lema de la Semana:

Desde el penúltimo mes del año lectivo anterior, se realiza entre los seminaristas un concurso para elegir el lema de la "Semana de Grupos de Vida" del año siguiente, participando el Consejo de Formadores en la decisión final, con base en una terna presentada por el Comité Coordinador. Algunos ejemplos de lemas propuestos por los seminaristas son: "Llamados a ser uno para que el mundo crea", "Caminemos en fraternidad para vivir la unidad", "El amor fraterno: eje de nuestras vidas", etc.

- Actividades diarias de la Semana de Grupos de Vida:

Se han establecido actividades para cada uno de los días de la "Semana de Grupos de Vida", de la siguiente forma:

- **Domingo:** Rezo de "Completas", con una motivación específica sobre la fraternidad, como inauguración de la "Semana de Grupos de Vida" (9:00 p.m.).
- **Lunes:** "Noche de fraternidad sacerdotal", con invitación a un grupo de vida sacerdotal que esté teniendo éxito en su experiencia grupal, y que desee compartir su vivencia ante todo el seminario. Esta actividad se organiza de manera abierta, motivándose la participación de obispos y sacerdotes (7:30 p.m.)
- **Martes:** Reunión por grupos de vida, para realizar alguna actividad común para todos los grupos y alusiva a la celebración de la semana (7:30 p.m.)
- **Miércoles:** Realización de una tarde de actividades deportivas y recreativas (1:00-5:00 p.m.), organizándose todos los eventos para la participación de los seminaristas por grupos de vida.
- **Jueves:** Eucaristía, cena y actividad de clausura de la "Semana de Grupos de Vida", preferiblemente al aire libre, cerrando con una noche cultural de presentaciones artísticas por parte de algunos grupos de vida, en la que puede invitarse también a un grupo musical cristiano que amenice la velada (5:30-7:30 p.m.).

- Actividades complementarias de la Semana de Grupos de Vida

A lo largo de toda esta Semana especial, los seminaristas se sientan por grupos de vida a la hora de las comidas, rezando juntos al inicio de cada comida la "Oración por los Grupos de Vida" (Ver parte final de este instructivo). Asimismo, se elaboran mantas o murales alusivos, incluyéndose en alguno de ellos las fotografías tomadas previamente a cada uno de los grupos de vida, como parte de todo un proyecto de decoración de la casa. Finalmente, se realiza un programa de divulgación externa sobre la razón de ser de los grupos de vida como fermento de fraternidad sacerdotal, utilizándose para este propósito los distintos medios de prensa, radiales y televisivos, particularmente católicos, que les sean accesibles.

Reuniones Mensuales de Coordinadores de Grupos de Vida:

Las reuniones con los coordinadores de los grupos de vida se realizan por la tarde del primer miércoles de cada mes, con una duración mínima de una hora, y con una temática previamente definida en el cronograma de actividades del año. Aquí se presenta como ejemplo un programa anual de posibles temas para las reuniones:

- **Marzo:** Metas anuales de los Grupos de Vida.
- **Abril:** El liderazgo en los Grupos de Vida.
- **Mayo:** Las noches diocesanas y los Grupos de Vida.
- **Junio:** Las dinámicas grupales y los Grupos de Vida.
- **Agosto:** Revisión de las metas anuales de los Grupos de Vida.
- **Septiembre:** Propuestas para el siguiente año de Grupos de Vida.
- **Octubre:** Análisis de las propuestas mayoritarias realizadas por los coordinadores de los grupos de cada diócesis el mes anterior, y confirmación del "Comité Coordinador de los Grupos de Vida", que se responsabilice por la organización de la "Semana de Grupos de Vida" del año siguiente, como última actividad de su gestión.
- **Noviembre:** Evaluación final de los Grupos de Vida y celebración de cierre de las actividades del año.

Noches Diocesanas de Grupos de Vida:

La noche del primer martes de cada mes ha sido designada como "Noche diocesana de grupos de vida", de manera que todos los grupos puedan estar reunidos al mismo tiempo entre las 7:30 y las 10:00 p.m., evitándose así que las actividades programadas interfieran con otras posibles actividades personales o del seminario, como en cualquier otra noche. Algunos grupos pueden programar en esta noche reuniones intergrupales, visitas de sus asesores diocesanos o una salida del seminario para realizar una actividad externa, siempre en compañía de alguno de los formadores.

La noche diocesana de primeros martes de mes también le permite al asesor general y al formador encargado de los grupos de vida, visitar a todos los seminaristas al menos una vez al año, ya sea por diócesis o por subgrupos dentro de una misma diócesis, en una sesión programada en el cronograma anual de actividades con la debida anticipación. Esta reunión es organizada por los mismos miembros de los grupos visitados, asignándose un tiempo inicial en el que se enfatiza la dimensión espiritual; otro rato de franco compartir sobre la vivencia grupal a nivel relacional; y, finalmente, un rato recreativo, acompañado de un refrigerio, para el esparcimiento conjunto. Se ha considerado también la conveniencia de invitar ocasionalmente al señor obispo y a los sacerdotes de cada diócesis, a esta reunión anual de los grupos de vida diocesanos con sus asesores encargados, en cuyo caso se celebra la Eucaristía al inicio de la actividad y se organizan los distintos momentos bajo la dirección del obispo.

Reuniones formales e informales de los Grupos de Vida:

La frecuencia y la variedad de las reuniones de los distintos grupos de vida es definida por sus propios miembros. Las reuniones de tipo formal se realizan según un cronograma previamente convenido por el grupo, procurándose en ellas un compartir interpersonal en las áreas de oración, relaciones, estudio y servicio (ORES), de acuerdo con las metas particulares propuestas por cada grupo. Otras reuniones se caracterizan por ser de tipo informal, debido a que ocurren de manera espontánea, decidiendo los miembros de un grupo de vida hacer algo juntos, como la celebración de un cumpleaños, un rato de oración o de servicio debido a una necesidad urgente, o una actividad de

esparcimiento no planeada con anterioridad. Todas estas reuniones, tanto formales como informales, pueden incluir actividades internas, a realizarse dentro de las instalaciones del seminario, tales como sesiones de oración en común, tiempos para el diálogo grupal o la recreación; así como actividades externas, tales como salidas nocturnas con un formador, visitas a las familias, o paseos y retiros grupales en tiempo de vacaciones. Solamente la reunión de grupos de vida que se realiza en la noche diocesana de primeros martes de mes es de carácter obligatorio para todo el seminario. Las demás reuniones son planeadas por los seminaristas de los distintos grupos de vida de acuerdo con sus metas y necesidades particulares, variando grandemente unos de otros en cuanto a frecuencia, estilos, lugares y tiempos de reunión.

EVALUACIÓN DE LOS GRUPOS DE VIDA

La evaluación continua del Programa de Grupos de Vida resulta de vital importancia para realizar un análisis objetivo de sus logros e introducir anualmente las enmiendas que resulten pertinentes. Por lo tanto, estas evaluaciones necesitan hacerse en distintos momentos y contextos, y se realizan de manera abierta en el seno del Consejo de Formadores, así como en las reuniones de coordinadores grupales cada mes, donde se cotejan las metas alcanzadas por los grupos hacia mediados y finales del año lectivo, incluyéndose las dimensiones existenciales en la vida del grupo (espiritual, relacional y recreativa), etc. Es así que se formulan sugerencias todo el tiempo para el mejoramiento del Programa de Grupos de Vida del año siguiente. Finalmente, también se consulta la opinión de los integrantes de los grupos de vida, con base en una encuesta personal anónima al final del año lectivo, de tipo estructurado y por escrito.

Con base en estas evaluaciones, realizadas por más de quince años en el Programa de Grupos de Vida del Seminario Central, se ha podido constatar que invariablemente más del 85 % de los seminaristas manifiestan su interés de participar al año siguiente en sus grupos de vida, al igual que más del 92.5 % cree en la necesidad de que este tipo de Programa continúe en la vida del Seminario. Tomando en cuenta que la población del Seminario Central ha estado constituida por un promedio aproximado de ciento veinte seminaristas, a lo largo de todo este tiempo, eso se traduce en que sólo un puñado de ellos manifiesta anualmente sus reservas en cuanto al Programa.

Por otra parte, en las evaluaciones realizadas con los coordinadores que dirigen un promedio de veinticinco grupos de vida cada año, se obtiene un promedio de respuestas aproximadamente de 4.0, equivalente a ‘satisfactorio’, en el rendimiento de sus grupos, en cuanto a las dimensiones espiritual, relacional y recreativa en su vida grupal (correspondiente a una escala de 5.0 = ‘muy satisfactorio’, 4.0 = ‘satisfactorio’, 3.0 = ‘regular’, 2.0 = ‘insatisfactorio’, 1.0 = ‘muy insatisfactorio’). Finalmente, ellos mismos manifiestan en una estimación aproximada al 80%, que vienen cumpliendo con las metas que se plantean anualmente en cada grupo, como parte del planeamiento en la Jornada Inaugural de los Grupos de Vida, al inicio de cada año lectivo.

CONCLUSIÓN

La metodología aquí planteada, que procura la formación de los seminaristas en el área de la fraternidad sacerdotal, coincide plenamente con los componentes fundamentales y el objetivo general propuestos por el proceso pedagógico del Instituto Vocacional Maestro Ávila, citado anteriormente. Sin embargo, esta experiencia particular, consistente en la organización de grupos de vida, aporta una metodología concreta, que sin ser excluyente de la del enfoque español, puede constituir un complemento valioso al proceso formativo que tradicionalmente se ofrece en los seminarios. Por lo tanto, esta vivencia de grupos de vida abre a los seminaristas, no sólo la posibilidad de poner en práctica muchos de los conocimientos aprendidos teóricamente a lo largo de su formación en el seminario, sino que puede llegar a aportarles una vivencia pastoral de enorme trascendencia para la labor sacerdotal que les tocará desempeñar como líderes de la Iglesia del siglo veintiuno.

ORACIÓN POR LOS GRUPOS DE VIDA

Para finalizar este "Instructivo para Formadores y Seminaristas", resulta totalmente apropiado pedir a Dios su bendición sobre este tipo de programas promotores de fraternidad sacerdotal, a partir de la formación seminarística, y sintetizar los propósitos, compromisos y áreas de compartir que constituyen los elementos fundamentales de los grupos de vida, explicitándolos en la siguiente oración:

Señor,
que compartiste con tus amigos
el pan y la palabra,
enséñanos a vivir en comunidad.

Permítenos
asumir responsabilidad
por nuestro propio crecimiento,
y el de aquellos
que has puesto a nuestro lado.

Ayúdanos
a ser abiertos en el diálogo,
respetuosos en la confidencialidad,
y en la necesidad, solidarios.

Bendice
nuestra vida de oración,
nuestras relaciones personales,
el estudio que nos forma,
y el servicio que prestamos.

Así nos preparamos
para ser hombres de Dios,
viviendo en nuestras vidas el amor,
de manera que podamos reflejarlo.

Amén.

BIBLIOGRAFÍA

- Aschenbrenner, George A. "**Celibacy in Community and Ministry**", "Human Development", 1985, Vol VI, The Jesuit Educational Center for Human Development, EE.UU.
- **Christifideles Laici**, "Sobre la vocación y misión de los laicos en la Iglesia y en el mundo", Exhortación Apostólica Postsinodal de su Santidad Juan Pablo II, Librería Editrice Vaticana, Ciudad del Vaticano, 1988.
- Consejo Episcopal Latinoamericano (CELAM) - "**Santo Domingo: Conclusiones**" IV Conferencia General del Episcopado Latinoamericano, Arte y Fitolito ARFA, Ltda., Santafé de Bogotá, 1992.
- Consejo Episcopal Latinoamericano (CELAM) - Departamento de Laicos (DELAI). "**Manual de Formación de Laicos**", Colección Formación Pastoral - 5, Santafé de Bogotá, 1993.
- **Constituciones y Decretos del Concilio Vaticano II:**
Optatum Totius, "Sobre la Formación Sacerdotal;
Presbyterorum Ordinis, "Sobre el Ministerio y Vida de los Presbíteros";
Perfectae Caritatis, "Sobre la Adecuada Renovación de la Vida Religiosa;
"Documentos del Vaticano II", Biblioteca de Autores Cristianos, Madrid, 1973.
- De Lachaga, José María. "**Sistemas de Educación en los Seminarios**", Editorial XYZ, Madrid, 1964.
- de Mézerville, G.: Vargas, C.A., et al. "**Agrupaciones laicales y nueva evangelización**", Revista "Vida de Iglesia", No. 86, Imprenta y Litografía García Hnos. S.A., San José, 1993.
- **Directorio para el Ministerio y la Vida de los Presbíteros.** Congregación para el Clero. Ediciones Trípode, Caracas, 1994.
- Futrell, John Carroll, S.J. "**The Dynamics of Religious Formation**". En "Human Development", 1981, Vol. II, The Jesuit Educational Center for Human Development, EE.UU.
- Hebblethwaite, Peter. "**Pablo VI: El Primer Papa Moderno**" Javier Vergara Editor, S.A., Buenos Aires, Madrid, 1995.

- Instituto Vocacional Maestro Avila. **"Formación para la Fraternidad Presbiteral: Un proceso pedagógico"**. En Revista Seminarios No 114, Vol. 35, Oct.-Dic. 1989, pp. 407-448.
- Jálicos, Francisco. **"Aprendiendo a compartir la fe"**. Ediciones Paulinas, Madrid, 1984.
- Martín Abad, J. **"Aproximación a la situación actual de los sacerdotes"**, en "De Dos en Dos: Apuntes sobre la fraternidad apostólica". Editorial Sígueme, Salamanca 1980, pp. 44-46.
- Moffett, Patrick S. **"Formation of College-Age Religious"**, en "Human Development", 1983, Vol. IV, The Jesuit Educational Center for Human Development, EE.UU.
- **"Normas Básicas para la Formación Sacerdotal en Costa Rica"**. Conferencia Episcopal de Costa Rica. Editorama S.A., San José, 1989.
- O'Donnel, Desmond. **"Como criar grupos de vivencia fraterna"** (2a. edición en portugués). Ediciones Paulinas. Sao Paulo, 1988.
- **Orientaciones para la Educación en el Celibato Sacerdotal** (1974), en "La Formación Sacerdotal", DEVYM-OSLAM, Bogotá, 1982.
- **Pastores Dabo Vobis**. "Sobre la Formación de los Sacerdotes en la Situación Actual", Exhortación Apostólica Postsinodal de su Santidad Juan Pablo II, Librería Editrice Vaticana, Ciudad del Vaticano, 1992.
- Rogers, Carl. **"Grupos de Encuentro"**, Amorrortu editores, Buenos Aires, 1973.
- Shelton, Charles, S.J. **"An Insider's Reflections on Religious Formation"**. En Human Development, 1981, Vol. II, The Jesuit Educational Center for Human Development, EE.UU.
- **Vita Consecrata**. "Sobre la Vida Consagrada y su Misión en la Iglesia y en el mundo", Exhortación Apostólica Postsinodal de su Santidad Juan Pablo II, Ediciones San Pablo, Santiago de Chile, 1996.

ANEXOS

1. **DINÁMICAS SOBRE LOS ELEMENTOS ESENCIALES
DE LOS GRUPOS DE VIDA**
2. **EVALUACIÓN DE LOS GRUPOS DE VIDA
SEMINARIO NACIONAL 2005**

ANEXO 1

DINÁMICAS SOBRE LOS ELEMENTOS ESENCIALES DE LOS GRUPOS DE VIDA

Las siguientes cinco dinámicas ilustran con diversos ejemplos cómo deben ponerse en práctica los elementos esenciales que promueven un buen funcionamiento en la experiencia de los grupos de vida. Asimismo, ayudan a comprender las fallas más frecuentes que se dan en este tipo de vivencia grupal fraterna, con el propósito de prevenir o superar problemas para vivir esta experiencia comunitaria tan importante en el contexto de seminarios o casas de formación sacerdotal o religiosa, o en la propia vida ministerial.

Para la utilización de estas dinámicas pueden usarse distintas metodologías, según la situación particular en que se practiquen. La más sencilla consiste en leer conjuntamente y en voz alta en el grupo cualquiera de ellas, para luego analizarla y tratar de realizar aplicaciones que resulten útiles para la propia experiencia grupal. Además, se recomienda como parte de esta metodología ampliar el análisis mediante la relectura conjunta de la parte del texto al que se alude directamente en cada caso.

Otra posible metodología más elaborada para practicarse en una situación en la que participan juntos distintos grupos de vida, consiste en asignarle a cada grupo la lectura de una de las cinco dinámicas. De esta manera, en cada grupo se estudia el texto asignado, para luego preparar una dramatización de la misma. En los grupos pueden entonces agregarle aspectos creativos de narración, historia, escenografía, sonido, etc., que permitan una mejor comprensión de la experiencia vivida. Posteriormente, se representan cada una de las historias, ante un público conformado por todos los grupos participantes en la actividad.

En fin, las dinámicas aquí planteadas pueden utilizarse de diversas maneras, de acuerdo a cada contexto, para asimilar mejor todos esos elementos que contribuyen a una vivencia exitosa y perseverante de los grupos de vida seminarística, sacerdotal o religiosa, que apoyen la vida personal, cristiana y pastoral de sus miembros.

DINÁMICA: ¿PARA QUÉ COMPROMISOS?
(CONFIDENCIALIDAD, APERTURA Y SOLIDARIDAD)

El grupo de vida llamado "Hojas de Chayote" e integrado por Pedro, Juan, Santiago, Judas y Andrés, se inició siendo un grupo muy unido y ejemplar.

Pero, un día de tantos, Juan en una reunión del grupo les contó a sus compañeros que tenía una situación muy difícil de índole familiar y les presentó con muchos detalles las circunstancias por las que estaban atravesando él y su familia. Su papá había tenido un problema con la ley por asociarse con unos tipos inescrupulosos que lo implicaron en una estafa de gran envergadura. Ahora su mamá precisaba de más ayuda por parte de Juan, pues al ser éste el mayor de sus hermanos, todos requerían de su apoyo moral y emocional para enfrentar la crisis. Ellos no le pedían a Juan que dejara el Seminario, pero sí que asumiera mayores responsabilidades ante su mamá y sus hermanos en ausencia de su papá. En ese momento, sus compañeros de grupo se mostraron solidarios y le ofrecieron estar con él hasta que se resolviera la crisis. Además, le dieron varios consejos sobre cómo enfrentar el problema.

Sin embargo, conforme pasaban los días, Juan sintió que sus compañeros de grupo de vida evitaban referirse al asunto. Como que se avergonzaban de la situación por la que él estaba pasando. Tampoco incluían su necesidad en los momentos de oración del grupo, ni le mencionaban estar orando por él individualmente.

Pero lo que más le dolió a Juan fue darse cuenta que su problema se había hecho del conocimiento público en el Seminario. Entonces se molestó mucho al comprender que tenía que ser alguno de sus compañeros de grupo quien no le había guardado confidencialidad, pues solamente ellos conocían el problema.

A partir de ese momento, Juan perdió toda su confianza en ellos, y aunque optó por no decirles nada, se cerró de ahí en adelante con sus compañeros de grupo de vida, lo que provocó que el grupo empezara a distanciarse, ya que la desconfianza para contarse tanto las cosas buenas como malas que les pasaban se fue propagando entre todos. Cuando alguno tomaba la iniciativa de reunir al grupo, solo compartían a un nivel muy superficial, pues al estar juntos cada uno se cuidaba de no decir ninguna cosa que pudiera divulgarse más allá del grupo.

Y esta falta de **apertura**, como consecuencia de no guardarse la **confidencialidad** que se habían ofrecido al constituirse el grupo, fue minando cada vez más la **solidaridad** entre ellos, pues ya nadie se atrevía a mostrar a los demás sus verdaderas necesidades para que pudieran ayudarlo.

No fue sino hasta que uno de ellos, precisamente Judas, se arrepintió una noche ante todos los miembros del grupo por no haber respetado la confidencialidad del caso, y que

todos reconocieron sus errores, pidiéndole perdón a Juan por haberle fallado, que el Grupo de Vida "Hojas de Chayote" fue superando poco a poco su crisis. Y fue así como aprendieron, a través de una experiencia tan amarga, el gran valor de **la confidencialidad, la apertura y la solidaridad**, como compromisos básicos para una vivencia profunda en sus relaciones fraternas.

(Texto de consulta: Repasar en el capítulo pertinente el tema sobre los compromisos de los grupos de vida).

DINÁMICA: UN GRUPO SIN METAS **(METAS COGNITIVAS, AFECTIVAS, VOLITIVAS E INTEGRALES)**

José Arcadio Buendía, Lucio Malaver, Ascensión Lascano y Sebastián de la Peña, forman un grupo de vida desde los comienzos de su vida en el Seminario. Ahora, ya avanzados en los estudios teológicos, presumen de ser parte de lo que ellos llaman: "Una verdadera comunidad". Todo transcurría con tranquilidad hasta que un día, Melecio Pérez, un compañero de reingreso, atraído por la buena fama de este grupo, se interesó en formar parte del mismo, sin encontrar ningún obstáculo por parte de los miembros.

Un día de tantos, Melecio, víctima de las poderosas garras del hambre que acechaba por las noches en el Seminario, se dispuso a pedir ayuda para saciar su apetito en el exquisito arsenal de galletas, repostería fina y otros alimentos muy selectos que poseía José Arcadio en su cuarto. Cuál no sería su asombro cuando, al llegar a su destino, se encuentra a su compañero envuelto en un mar de lágrimas y repitiéndose a sí mismo: "No puedo con el estudio". "No sirvo para nada". "Nunca voy a poder ser sacerdote". Después de consolarlo un rato, Melecio le explicó que las dificultades en el estudio no deberían ser un obstáculo para el desarrollo de su vocación, pues con un poco de ayuda por parte de su grupo de vida él podría mejorar su rendimiento. Sin embargo, al sugerirle que pidiera el apoyo de sus compañeros, Melecio se quedó frío al escuchar de boca de José Arcadio que él ahora prefería no contar nada de estos problemas, pues ninguno de ellos se había interesado en ningún momento por ayudarlo en esta área de dificultad.

Melecio, un poco confundido, salió del cuarto en busca de Lucio Malaver, esperando que él tuviera una solución para este problema. No obstante, su respuesta simplemente fue: "Para qué me voy a interesar por él, si nunca nadie se ha interesado por mí".

Ante esto, Melecio, cada vez más desanimado, buscó entonces a Ascensión Lascano. Pero en vez de encontrar una salida a la situación planteada, más bien se halló frente a un nuevo problema. Ascensión estaba muy deprimido, viendo absorto un álbum de

fotos y escuchando música romántica en su radio, y le confesó que él no estaba para ayudar a nadie, pues ninguno de los compañeros lo había apoyado tampoco a enfrentar sus problemas, despreocupándose de ayudarlo a superarse individualmente.

Casi derrotado, Melecio se decidió por la última opción que le quedaba: Sebastián de la Peña. Éste estaba tranquilamente sentado en su escritorio y, al escuchar todo lo sucedido, opinó que él no conocía nada de lo que les pasaba a sus compañeros.

Melecio, viendo agotados sus esfuerzos, se dijo: Qué lástima que en este grupo no se hayan propuesto metas, como **realizar reflexiones** sobre algunos temas importantes, o **compartir personalmente** sus vidas, para apoyarse en **tomar decisiones** que los ayudaran a superarse individualmente. Y, aún más, ni siquiera han planeado **vivencias compartidas** de oración, relaciones, estudio o servicio, para crecer juntos en estas áreas. Por el contrario, se han ido quedando solos y sin ninguna meta que los ayudara a solucionar sus problemas y madurar de maneras concretas en sus vidas. La verdad es que **un grupo sin metas no merece llamarse un grupo de vida.**

(Texto de consulta: Repasar en el capítulo pertinente el tema sobre las metas de los grupos de vida).

DINÁMICA: LA CLAVE ES UN BUEN EQUILIBRIO **(DIMENSIÓN ESPIRITUAL, RELACIONAL Y RECREATIVA)**

En el Seminario existió un grupo de vida que se llamó la "Rejunta", pues todos sus integrantes eran totalmente diferentes entre sí, aunque con una capacidad de tolerancia y aceptación envidiables. El grupo estaba integrado por Caliche, Chico, Chepe, Chano, Coqui y Chino.

La cosa es que Caliche quedó de coordinador en el primer año que tuvieron como grupo, y se propuso lo siguiente: "Vamos a ser recordados por nuestro plan revolucionario espiritual". Así que, apoyado incondicionalmente por Chano, estableció una serie de sesiones de oración casi todas las noches; y, además de reunirse todos juntos, también rezaban el rosario diariamente por pares, se asignaban lecturas meditadas de la Biblia y largas listas de intercesión unos por otros. En fin, todo esto fue tomando un tinte de fanatismo religioso casi insoportable. La atmósfera de relaciones era muy fría, conversaban poco en la "Rejunta" y no sabían divertirse. Parecía que lo único que interesaba era orar, orar y orar.

Todo cambió sorpresivamente al año siguiente, pues, aunque parezca imposible, el grupo sobrevivió al primer año y se mantuvieron juntos. Tal vez Dios les tuvo misericordia después de tanta oración. Ahora Chepe, como el nuevo coordinador, estaba convirtiendo al

grupo en una máquina de hacer fiesta. Y, en conjunto con Coqui y con Chico, lograron romper el hielo que se había formado, aprendiendo a relajarse juntos; pues la verdad se volvieron un solo relajo. Sin embargo, aquí nuevamente había otra laguna: pura fiesta, muchos "convivios" e interminables vacilones, pero nada de sustancia. Estos ocho meses de liderazgo de Chepe fueron terminados casi "de facto" con la promulgación de Chino como nuevo coordinador del grupo de vida.

Chino, siempre neutral, al año siguiente logró incentivarlos a todos para que se establecieran relaciones más serias entre los miembros y, a la vez, con otros grupos de vida. Pero, al concluir el año, se encontraron con que todas las reuniones eran para tratar temas demasiado profundos o asuntos espinosos difíciles de resolver. Casi que no daban ganas de llegar al grupo, pues las sesiones se volvieron muy problemáticas y todo el tiempo lo dedicaban a "terapiarse" unos a otros.

Entonces, se abocaron a la tarea de evaluar lo que habían hecho en todos esos años, encontrando que siempre se habían ido a los extremos. Aprendiendo de los errores cometidos, la "Rejunta", integrada aún por Caliche, Chico, Chepe, Chano, Coqui y Chino, todos ejemplares en su perseverancia y fidelidad al grupo, establecieron un plan bien balanceado, incluyendo tanto la **dimensión espiritual**, como la **relacional** y la **recreativa** en las actividades programadas. Con la madurez adquirida, se fueron convirtiendo en un grupo de vida modelo, gracias al equilibrio logrado después de tantas experiencias compartidas a lo largo de su caminar fraterno.

(Texto de consulta: Repasar en el capítulo pertinente el tema sobre las dimensiones de los grupos de vida).

DINÁMICA: SOMOS RESPONSABLES DE NUESTRO CRECIMIENTO

(ÁREAS DE ORACIÓN, RELACIONES, ESTUDIO Y SERVICIO)

Éste era un grupo de vida muy curioso. Los miembros tenían apodos muy llamativos. Les decían Camisolo, Chonete, Tirantes, Pantufla y Chaquetón. Y al mismo grupo le habían puesto un nombre también curioso, casi podría decirse que era más bien como el título de un libro, pues se llamaban "Un harapo en el camino".

La tónica del grupo de vida era la miseria. No hacían nada por ellos mismos, esperando que los demás lo hicieran todo por ellos. Y, en consecuencia, en lugar de enriquecerse al estar juntos, más bien parecía que se habían empobrecido, pues se alcahueteaban la vagancia y la irresponsabilidad, en vez de estimularse a ser mejores. Probablemente estaban juntos porque compartían las mismas debilidades, pero no habían encontrado todavía la manera de estimularse a desarrollar sus propias áreas de fortaleza.

Para sus directores espirituales y para el mismo equipo de formadores el problema era que, aunque sacaban las notas suficientes para pasar los cursos y no daban motivo de queja en su comportamiento, todo lo hacían al mínimo y eran sumamente pasivos. Parecía que la formación para el sacerdocio, con los miembros de este grupo había que hacérselas a la fuerza, pues ellos no estaban conscientes de más deber que el de no portarse mal.

Un día de comienzos de curso, el formador encargado de su grupo los llamó aparte y les dijo que ese año iban a ser evaluados en **las cinco áreas de la formación sacerdotal: Madurez humana, espiritual, comunitaria, académica y pastoral**. Que ellos mismos, al terminar el año, debían ponerse una calificación de excelente, muy bueno, bueno, regular, insuficiente, malo o muy malo, en cada una de estas áreas. Y que, dependiendo de esta calificación, decidirían si tenía sentido o no que se siguieran formando para el sacerdocio.

Por primera vez, dedicaron su reunión de grupo de vida a algo más importante que perder el tiempo. Decidieron que tenían que apoyarse unos a otros a salir bien en esta evaluación. Entonces, descubrieron sorprendidos que el famoso ORES, del que tanto se hablaba en la sesión inaugural de los grupos de vida, tenía relación directa con las áreas de formación sacerdotal en que iban a ser evaluados. El compartir vida de **oración** los ayudaba a madurar en el área espiritual. Apoyarse en sus **relaciones** interpersonales les permitía mejorar en el área comunitaria. Mejorar en sus **estudios** repercutía directamente en su capacidad académica. Entregarse de corazón a una vida de **servicio** los haría mejores seminaristas y futuros sacerdotes en el área de pastoral. Y, todo junto, los hacía desarrollarse más plenamente en el área humana, que es la base para la vida ministerial.

Esta toma de conciencia hizo que el **ORES** adquiriera un verdadero sentido para ellos. Y ese año, tomaron muy en serio el asumir responsabilidad por su propio crecimiento y el de sus compañeros de grupo.

¡No hace falta decir cómo se evaluaron ellos mismos en las distintas áreas de formación sacerdotal al terminar el curso lectivo! Pero al año siguiente, con el beneplácito de su formador y de sus directores espirituales, no sólo regresaron al Seminario para continuar su formación, sino que dejaron atrás el "harapo", que formaba parte de su nombre grupal, llamándose en adelante el grupo "Camino". Porque habían descubierto que **solamente caminan los que asumen responsabilidad por su propio caminar**.

(Texto de consulta: Repasar en el capítulo pertinente el tema sobre las áreas del compartir en los grupos de vida).

DINÁMICA: LOS CURAS NUNCA TIENEN TIEMPO.

(COMPARTIR FORMAL E INFORMAL EN UN GRUPO DE VIDA SACERDOTAL)

La experiencia de grupo de vida la iniciaron desde los comienzos del seminario. Ahora, siendo ya sacerdotes y con más de una década de ordenados, en una tarde de compartir analizaron juntos el camino recorrido como grupo de vida sacerdotal.

Ellos eran el Padre Felipe González de la parroquia de Santiago Apóstol, el Padre Carlos Menen de San Rafael Arriba, el Padre Augusto Pinochet de San Rafael Abajo, el Padre Carlos Andrés Pérez de San Juan de la Rivera y el Padre Fidel Castro de Santo Tomás del Rincón.

Un mes antes de su ordenación, se habían reunido para hablar de varias cosas. Sin embargo, el tema más importante fue cómo mantener sus relaciones de grupo de vida durante esta nueva etapa de ministerio sacerdotal. Cada uno expresó su deseo de permanecer unidos, en medio de tantas ocupaciones y a pesar de las distancias. Para esto, decidieron encontrarse una vez al mes en las parroquias de nombramiento. Y así lo hicieron por varios meses, durante el primer año de ordenados, aunque a veces faltaba alguno debido a compromisos imprevistos.

En el segundo año se intensificaron las ausencias, pues las actividades pastorales aumentaron, al igual que las excusas para no poder llegar. A mediados del tercer año, hubo un día en que no apareció ni Fidel, quien era el responsable de recibirlos a todos en su parroquia de Santo Tomás del Rincón.

Entonces se cansaron de excusarse y decidieron volver a reunirse durante el retiro anual del clero, a ver qué hacían. Sin embargo, en esa reunión fueron más las quejas y dificultades planteadas que las soluciones propuestas, por lo que no se llegó a nada. Y así pasaron unos años, hablando de reunirse otra vez cuando hubiera tiempo, pero sin concretarlo de ninguna manera. Tuvieron que ocurrir dos hechos desagradables para que volvieran a encontrarse.

El primero fue que Felipe González entró en crisis sacerdotal y llamó a Carlos Andrés Pérez para comentarle su situación, decidiéndose éste a alertar a sus compañeros y llegar a visitarlo todos juntos para expresarle su apoyo. Se quedaron con él un día entero, que aprovecharon también para ir juntos a la playa, jugar fútbol en la arena y conversar por horas debajo de las palmeras. Al final de la tarde celebraron juntos la Eucaristía, lo que los emocionó mucho a todos. La mayoría de ellos se mantuvieron en contacto telefónico con Felipe en los siguientes meses, lo que contribuyó grandemente a que éste superara poco a poco su crisis sin retirarse del ministerio.

El segundo hecho sucedió de manera fortuita o providencial, según el punto de vista, cuando Carlos Menen se accidentó en su camioneta, quedando muy delicado de salud durante varias semanas en el Hospital.

Nuevamente la amistad de antes se vio renovada entre todos, pues las visitas se sucedieron a lo largo de todo su internamiento. En particular Augusto Pinochet y Fidel Castro, que eran los más cercanos geográficamente, lo cuidaron de manera ejemplar, encontrando tiempo, no se sabe de dónde, para dedicarlo a su compañero sacerdote, hasta que éste estuvo totalmente restablecido.

Así fue como después de más de diez años de vida sacerdotal, en una tarde de reunión todos juntos analizaron la enorme importancia de su relación fraterna y cómo en momentos de necesidad habían sabido encontrar el tiempo suficiente para encontrarse y darse apoyo. Entonces resolvieron seguirse reuniendo por un día entero tres o cuatro veces al año, planeando las fechas con anticipación, y no dejar pasar un mes sin llamarse entre todos para mantenerse al corriente de sus vidas. Y, a esto, añadieron el compromiso de interceder diariamente unos por otros en oración. Pues, como expresaron luego en una visita al Seminario, para participar en una "Noche de Fraternidad Sacerdotal": **Para las cosas importantes siempre hay tiempo en la vida.**

ANEXO 2

EVALUACIÓN DE LOS GRUPOS DE VIDA SEMINARIO CENTRAL, 2005

Esta evaluación del Programa de Grupos de Vida del Seminario Central en San José se llevó a cabo en el mes de noviembre del 2005, al cumplirse los quince años de esta experiencia de fraternidad. La encuesta se realizó de manera anónima con 107 seminaristas de las ocho diócesis de Costa Rica, con el fin de que no existieran presiones de ningún tipo a la hora de brindar sus opiniones.

Asimismo, se le solicitó a los participantes que indicaran el número de años de experiencia personal en los grupos de vida, subdividiéndose entonces para efectos del análisis de resultados en dos grupos: 58 seminaristas entre 1 y 3 años de experiencia, y 49 seminaristas entre 4 y 6 años de experiencia en el Programa de Grupos de Vida.

CUADRO NO. 1 **VALORACIÓN DE LA VIVENCIA PERSONAL** **EN LOS GRUPOS DE VIDA**

	1 A 3 AÑOS 58 SEMIN.	4 A 6 AÑOS 49 SEMIN.	TOTAL 107 SEMINAR.
MUY INSATISFACTORIA	2 (3.5 %)	0 (0 %)	2 (2 %)
INSATISFACTORIA	11 (19 %)	3 (6 %)	14 (13 %)
SATISFACTORIA	37 (64 %)	36 (73.5 %)	73 (68 %)
MUY SATISFACTORIA	8 (13.5 %)	10 (20.5 %)	18 (17 %)

Si se toma el total de los seminaristas encuestados, un 85 % de ellos consideran la experiencia como satisfactoria o muy satisfactoria, en contraposición a un 15 % de ellos que la encuentran insatisfactoria o muy insatisfactoria.

En este sentido, el mayor porcentaje de insatisfacción personal se da entre los seminaristas con 3 o menos años de experiencia en los grupos de vida, con un porcentaje de insatisfacción del 22.5 %, mientras que en los seminaristas entre 4 y 6 años de experiencia el porcentaje de insatisfacción se reduce a sólo un 6 %, y se aumenta concomitantemente el porcentaje de satisfacción personal hasta alcanzar un 94 %.

CUADRO NO. 2

VALORACIÓN DE LA VIVENCIA DE GRUPOS DE VIDA EN OPINIÓN DE LA MAYORÍA DE OTROS SEMINARISTAS CONOCIDOS

	1 A 3 AÑOS 58 SEMIN.	4 A 6 AÑOS 49 SEMIN.	TOTAL 107 SEMINAR.
MUY INSATISFACTORIA	0 (0 %)	1 (2 %)	1 (1 %)
INSATISFACTORIA	20 (34.5 %)	6 (12.5 %)	26 (24 %)
SATISFACTORIA	36 (62 %)	40 (81.5 %)	76 (71 %)
MUY SATISFACTORIA	2 (3.5 %)	2 (4 %)	4 (4 %)

Al considerar la valoración que hacen de los grupos de vida más del 50 % de los compañeros cuyas opiniones ellos conocen, el resultado de la encuesta indica que parece haber un 75 % de satisfacción general, contra un 25 % de insatisfacción general.

Sin embargo, al comparar este resultado con el del cuadro anterior, donde el nivel de insatisfacción general indicado era verdaderamente de un 15 %, da la impresión de que se supone que hay un mayor nivel de insatisfacción en el Seminario Central del que existe en realidad, cuando la consulta se hace a los seminaristas en forma privada.

No obstante, en los dos cuadros hay coincidencia de que los mayores porcentajes de insatisfacción se dan entre los seminaristas que se ubican en sus primeros tres años de experiencia en este Programa, mientras que sus compañeros más avanzados manifiestan en ambos cuadros aproximadamente un 85 % de satisfacción general.

CUADRO NO. 3

AFIRMACIONES DE LOS SEMINARISTAS SOBRE EL PROGRAMA DE GRUPOS DE VIDA

	1 A 3 AÑOS 58 SEMIN.	4 A 6 AÑOS 49 SEMIN.	TOTAL 107 SEMINAR.
PROMUEVEN FRATERNIDAD	31 (53.5 %)	31 (63 %)	62 (60 %)
AYUDAN A MADURAR	23 (40 %)	28 (57 %)	51 (47.5 %)
FAVORECEN FORMACIÓN	11 (19 %)	13 (26.5 %)	24 (22.5 %)
RELACIONES SUPERFICIALES	16 (27.5 %)	7 (14.5 %)	23 (21.5 %)
VIVENCIA ARTIFICIAL	15 (26 %)	6 (12.5 %)	21 (19.5 %)
FUENTE DE APOYO	11 (19 %)	9 (18.5 %)	20 (18.5 %)
DESINTERÉS GENERAL	9 (15.5 %)	4 (8 %)	13 (12 %)
PÉRDIDA DE TIEMPO	0 (0 %)	0 (0 %)	0 (0 %)

Al seleccionar los seminaristas las dos afirmaciones que mejor representan sus opiniones personales sobre el Programa de Grupos de Vida, escogiendo entre cuatro afirmaciones de corte negativo y cuatro de corte positivo, un 60 % de ellos coinciden en que los grupos de vida “promueven la fraternidad” y un 47.5 % consideran que “ayudan a madurar”. Como en los cuadros anteriores, los seminaristas avanzados representan un porcentaje ligeramente mayor de opiniones positivas, en relación con sus compañeros con menos experiencia en este Programa, donde las opiniones negativas aumentan.

Entre los resultados de este cuadro es interesante observar que un promedio aproximado al 20 % de los seminaristas, o sea uno de cada cinco de ellos, opinan que por un lado los grupos de vida “favorecen la formación” (22.5%) y constituyen una “fuente de apoyo” (18.5%), pero asimismo también consideran que en ellos se dan “relaciones superficiales” (21.5%) y que para muchos representan una “vivencia artificial” (19.5%). Esta mezcla de opiniones positivas y negativas podría interpretarse como una necesidad real de mejorar en ciertos aspectos de la dinámica y la organización de los grupos de vida, aún cuando se reconozca que están dando buen fruto en ciertas áreas.

Finalmente, solamente un 12 % de los seminaristas consideran que existe un “desinterés general” en este Programa, y ninguno de ellos cree que los grupos de vida constituyan una “pérdida de tiempo” en la vida del Seminario.

CUADRO NO. 4

OPINIÓN SOBRE LA DIMENSIÓN PRIORITARIA EN LA EXPERIENCIA DEL GRUPO DE VIDA MÁS ESTABLE AL QUE EL SEMINARISTA HA PERTENECIDO

	1 A 3 AÑOS 58 SEMIN.	4 A 6 AÑOS 49 SEMIN.	TOTAL 107 SEMINAR.
ESPIRITUAL	14 (24 %)	6 (12.5 %)	20 (18.5 %)
RELACIONAL	27 (46.5 %)	27 (55 %)	54 (50.5 %)
RECREATIVO	17 (29.5 %)	16 (32.5 %)	33 (31 %)

En este cuadro se hace evidente que aproximadamente en la mitad de los grupos de vida a los que los seminaristas han pertenecido de manera más estable, la dimensión más valorada por ellos ha sido la “dimensión relacional” (50.5%), seguida por la “dimensión recreativa” en uno de cada tres grupos (31%), y finalmente por la “dimensión espiritual” en aproximadamente uno de cada cinco grupos (18.5%).

Este resultado parece indicar que en opinión de los mismos seminaristas, aún cuando lo más notorio en la vida del Seminario parecen ser los ratos recreativos que se comparten en los grupos, en dos de cada tres grupos lo que ellos más valoran de su experiencia grupal son los aspectos tanto relacional como espiritual, que se comparten en su vivencia cotidiana de grupos de vida.

CUADRO NO. 5

OPINIÓN PERSONAL DE LOS SEMINARISTAS SOBRE DESCONTINUAR O CONTINUAR EL PROGRAMA DE GRUPOS DE VIDA EN EL SEMINARIO CENTRAL

	1 A 3 AÑOS 58 SEMIN.	4 A 6 AÑOS 49 SEMIN.	TOTAL 107 SEMINAR.
DEBERÍA DESCONTINUARSE	7 (12 %)	1 (2 %)	8 (7.5 %)
DEBERÍA CONTINUARSE	51 (88 %)	48 (98 %)	99 (92.5 %)

Al concretarse las preguntas anteriores de esta encuesta en una opinión final sobre si este Programa de Grupos de Vida debería “descontinuarse” o “continuar” en la vida del Seminario Central, las respuestas generales son en un 92.5 % que éste debe continuarse, aún cuando en las sugerencias personales al final de la encuesta se proponen también una serie de mejoras importantes.

El mayor porcentaje de opiniones que sugieren la discontinuación del Programa corresponden nuevamente a 7 seminaristas que tienen entre 1 y 3 años de experiencia grupal (12%), en contraposición a sólo uno de los seminaristas más avanzados que opina de esta misma manera (2%). En correspondencia, el 88 % de los seminaristas que se inician y el 98 % de los seminaristas con mayor experiencia consideran que el Programa de Grupos de Vida en el Seminario Central debe continuarse.

Estos últimos resultados concuerdan con los obtenidos en las encuestas realizadas en los primeros cinco años de esta experiencia de grupos de vida en el Seminario Central, donde consistentemente un porcentaje superior al 90 % consideraba que este Programa específico para promover la fraternidad debería mantenerse como parte de la experiencia formativa en el Seminario (ver de Mézerville, G., Madurez Sacerdotal y Religiosa, Tomo II, Anexo 2).